

## NOTAS SOBRE LA VERSIÓN DE LA *ILÍADA* DE ALFONSO REYES

*A la memoria del maestro  
Rafael Moreno Montes de Oca*

Traducir la *Ilíada* fue uno de los proyectos más ambiciosos de Alfonso Reyes. Aunque su versión, preparada a través de cuatro años, quedó inconclusa debido a su muerte, la publicación de los primeros nueve cantos bajo el subtítulo de *Aquiles agraviado* (F.C.E., México, 1951) fue motivo en su momento de una fugaz polémica acerca de la competencia de Reyes en el griego clásico y de la valía de su traducción. El asunto fue archivado tras la muerte de Reyes sin que en lo sucesivo se hiciera una valoración más completa de su trabajo. Las páginas que siguen tienen por objeto contextualizar la tentativa de Reyes y contribuir a la valoración de sus antecedentes y sus logros\*.

### LA *ILÍADA* EN ESPAÑOL

Estudiar las traducciones de un género, de un autor o de un texto equivale en muchos casos a hacer una pequeña historia

\* Me gustaría hacer constar el apoyo recibido de los Proyectos de Investigación BFF 2001-1957 (Ministerio de Educación y Cultura de España), SA 016/02 (Consejería de Educación y Cultura, Junta de Castilla y León) y H-40813 (CONACyT, México). Agradezco también a Alicia Reyes el haberme dado acceso a los documentos conservados en la Capilla Alfonsina y a mis queridos colegas Maricela Bravo, Lourdes Rojas, Paola Vianello y Guillermo Sheridan sus comentarios sobre este tema. Por su lectura de una versión previa de este trabajo y sus atinadas observaciones agradezco también al maestro Antonio Alatorre; las imprecisiones que puedan quedar en el trabajo son obviamente responsabilidad mía.

de la literatura y una pequeña historia intelectual del sistema literario o lingüístico que se haya elegido. Si hay que empezar por el principio, el estudio de la traducción y recepción de Homero rinde frutos casi inabarcables en prácticamente cualquier sistema literario. Es un trabajo, sin embargo, que apenas se ha iniciado<sup>1</sup>. Entre las literaturas europeas, Homero ejerce una enorme influencia en la literatura inglesa y francesa, lenguas en las que existe una notable cantidad de traducciones, seguidas en número por la literatura alemana, española e italiana. Que yo sepa, sólo en inglés existe una antología de traducciones de Homero, debida a la sabiduría y buen gusto de George Steiner<sup>2</sup>; este libro es una historia de la traducción en Inglaterra, una historia de la lengua y una historia de la literatura, todo al mismo tiempo y de manera felicísima. En francés, alemán e italiano hay que conformarse con estudios más parciales<sup>3</sup>, y en español, con todavía menos: los únicos estudios amplios son los de M. Menéndez Pelayo y J. Palli Bonet<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> El único libro de conjunto es la obra monumental de G. FINSLER, *Homer in der Neuzeit von Dante bis Goethe*, Leipzig-Berlin, 1912, que se ocupa de las literaturas inglesa, francesa, alemana e italiana en el período señalado en el título.

<sup>2</sup> G. STEINER & A. DYKMAN, *Homer in English*, London, 1996. Sobre las traducciones inglesas véase también S. UNDERWOOD, *English translators of Homer from George Chapman to Christopher Logue*, Plymouth, 1998.

<sup>3</sup> Sobre las traducciones de Homero al francés, véase en general FINSLER, *op. cit.*, pp. 119-264. Más detallados son los estudios de N. HEPP, "Homère en France au XVI<sup>e</sup> siècle", *Atti della Accademia delle Scienze di Torino*, 96 (1961-62), 389-508, con una lista de ediciones y traducciones francesas de Homero en ese siglo en las pp. 504-508; de la misma autora, *Homère en France au XVII<sup>e</sup> siècle*, Paris, 1968; para los siglos siguientes, véase *Homère en France après la Querelle (1715-1900)*, eds. F. Létoublon & C. Volpilhac-Auger, Paris, 1999. Véase una lista de traducciones alemanas de Homero entre 1495 y 1881 en A. SCHRÖTER, *Geschichte der deutschen Homer-Übersetzung im XVIII. Jahrhundert*, Jena, 1882, pp. 11-19; G. HÄNTZSCHEL, *Johann Heinrich Vofß. Seine Homer-Übersetzung als sprachschöpferische Leistung*, München, 1977, y T. BLEICHER, *Homer in der deutschen Literatur (1470-1740): zur Rezeption der Antike und zur Poetologie der Neuzeit*, Stuttgart, 1972. Sobre las traducciones italianas, véase FINSLER, *op. cit.*, pp. 15-118; una lista completa de las traducciones de la *Iliada* aparece en M. MORANI, "Per una storia delle versioni italiane dell'*Iliade*", *Orpheus*, Catania, 1989, núm. 10, 261-310, pero no conozco nada semejante para la *Odisea*.

<sup>4</sup> M. MENÉNDEZ PELAYO, *Bibliografía hispano-latina clásica X. (Miscelánea y notas para una bibliografía greco-hispana)*, Santander, 1953, pp. 170-210, y J. PALLI BONET, *Homero en España*, Barcelona, 1955. Finsler no se ocupó de la literatura española; Menéndez Pelayo sólo se ocupa de la *Iliada*, al igual que

A la luz de estos estudios y del mío propio<sup>5</sup>, podemos saber que las traducciones de la *Ilíada* anteriores a Alfonso Reyes no son muy numerosas. Esto se debe en buena medida a que varias de ellas quedaron inéditas, como la versión en endecasílabos realizada alrededor de 1628 por Juan de Lebrija Cano (ms. *Madrid, Biblioteca Real II. / 1387-1388*, antes 2-J-6); la versión en octavas de Félix Fernando de Sotomayor (ms. *Madrid, Biblioteca Nacional 8227-8228*), realizada entre 1745 y 1748; la versión en endecasílabos de Francisco Estrada y Campos, que al parecer se conserva en la colección privada de la familia Estrada y Campos y que no he visto, anterior a 1868<sup>6</sup>; la traducción parcial de los cantos I-IX, por último, obra de Narciso del Campillo, se conserva en el manuscrito *Madrid, Biblioteca Nacional 20330* y data de 1870. Ya que sólo uno de los traductores que llegaron a publicar su versión, Luis Segalá, tuvo acceso a una de las versiones inéditas, la de Lebrija Cano, reservo su análisis para otra ocasión.

Las traducciones de la *Ilíada* que sí fueron publicadas antes de la versión de Reyes son las siguientes: 1) la versión en endecasílabos de Ignacio García Malo, Madrid, 1788; 2) la de José Gómez Hermosilla, también en endecasílabos, Madrid, 1831; 3) la de Guillermo Jünemann, en endecasílabos, Concepción de Chile, 1902; 4) la versión en prosa de Luis Segalá, Madrid, 1908; 5) la de Germán Gómez de la Mata, también en prosa, Barcelona, 1915; 6) la versión parcial, en verso alejandrino, de Leopoldo Lugones vio la luz en Buenos Aires entre 1915 y 1924; 7) la de Manuel Vallvé, en prosa, Madrid, 1919; 8) la de Lucio A. Lapalma, en octavas reales, Buenos Aires, 1925; 9) la de Juan B. Bergua, en prosa, Madrid, 1932; 10) la de Alejandro Bon, en prosa, Madrid, 1932; 11) la de José María Aguado, en romance, Madrid, 1935; 12) la de Leopoldo López Álvarez,

D. RUIZ BUENO, "Versiones castellanas de la *Ilíada*", *Helmantica*, Salamanca, 1955, núm. 6, 81-110, y el estudio introductorio a su trad. de la *Ilíada*, Madrid, 1956, t. 1, pp. 124-148. Carlos García Gual me ha hecho saber que dirige actualmente una tesis doctoral sobre las traducciones españolas de Homero, cuyo autor es Óscar Martínez.

<sup>5</sup> He presentado un censo preliminar de versiones españolas de la *Ilíada* y la *Odisea* como apéndice a mi artículo "La *Ulyxea* de Gonzalo Pérez y las traducciones latinas de Homero", en *Latin and vernacular in Renaissance Iberia*, t. 2: *Translations and adaptations*, eds. A. Coroleu & B. Taylor, Manchester University Press (en prensa).

<sup>6</sup> La menciona Menéndez Pelayo, junto con otras obras inéditas o perdidas cuya existencia parece hartamente dudosa.

en endecasílabos, Pasto, Colombia, 1937; 13) la de Montserrat Casamada, en prosa, Madrid, 1944<sup>7</sup>.

Algunas de estas traducciones merecen ser eliminadas del análisis por ser traducciones indirectas o verdaderos plagios; en esta categoría están las de Bon y Casamada, que no son más que versiones retocadas de la de Luis Segalá, cuyo objeto es clarísimamente el de no pagar derechos; la de Bergua, cuya pésima reputación como supuesto traductor de Platón, Aristóteles y otros clásicos se encuentra más que extendida, combina malamente a Hermsilla con Segalá. También hay que descartar las de Vallvé y Gómez de la Mata, ambas traducciones de la versión francesa de Leconte de Lisle.

De las que quedan, algunas no alcanzaron difusión fuera de sus países y son verdaderos tesoros de anticuario, como la del padre Jünemann, que fue maestro del poeta Gonzalo Rojas en su niñez<sup>8</sup>, la de López Álvarez, que publicó las obras de Homero en cuatro tomos, y la del jesuita Lapalma, la única en octavas castellanas que llegó a ser publicada<sup>9</sup>. La versión de Aguado tuvo cierta difusión debido al prestigio de su autor en los medios eruditos y a su deseo de utilizar el romance castellano, y la de Lugones, desconocida para muchos, tuvo importancia para Reyes, como luego señalaré.

Así pues, las traducciones de García Malo, Gómez Hermsilla y Segalá fueron sin duda las más leídas e influyentes en su momento y de hecho fueron sustituyéndose las unas a las otras. La primera traducción integral de la *Ilíada* al español llegó con un retraso considerable si se toma en cuenta que la primera versión completa de la *Odisea*, obra de Gonzalo Pérez, data de

<sup>7</sup> Acerca de la traducción parcial de José Manuel Pabón, que no incluyo en esta lista, véase más adelante, nota 29.

<sup>8</sup> "Con él aprendí a leer por dentro a los clásicos, y no es raro que más tarde recibiera por una oreja toda la vivacidad de la vanguardia y el juego de rupturas, pero por la otra oreja recibía también todo el ejercicio y el poderío de la tradición. Entonces, en la punta de mi cabeza de muchacho, estas dos confluían y se daban en una síntesis que será el centro de mi trabajo poético" (GONZALO ROJAS, *Obra selecta*, ed. M. Coddou, Santiago de Chile, 1999, p. 309).

<sup>9</sup> Las traducciones de Jünemann y López Álvarez no se encuentran en la Biblioteca Nacional de Madrid; he usado los ejemplares de la British Library. Mis intentos de localizar la traducción completa de Lapalma han sido infructuosos hasta el momento; sólo he tenido acceso a su traducción del canto I: *La Ilíada de Homero. Versión en octavas reales por el P. Lucio A. Lapalma*, Buenos Aires, s. a.

1556; su autor fue Ignacio García Malo, de quien Menéndez Pelayo dice que “llevaba en su nombre la sentencia” y que “es infelicísimo, arrastrado y prosaico”<sup>10</sup>. Se trata de una versión en endecasílabos blancos ciertamente poco elegantes, monótona y pobre en su forma, con los nombres griegos latinizados, como era costumbre en la época. Su principal defecto está en el plano narrativo; los episodios están entrelazados con tosquedad, de modo que se tiene la impresión de estar partiendo desde cero a cada paso, “al punto que apenas puede soportarse su lectura”, dice Menéndez Pelayo exagerando un poco de nuevo; pero el ritmo interior de los versos está bastante bien logrado y en su momento representaba un buen intento por adaptar la épica griega al endecasílabo castellano. García Malo estaba bien informado. En su larga introducción compara las traducciones latinas de Cunitz y Alegre, las francesas de Dacier, Bitaubé, Gin y Rochefort, la inglesa de Pope y las italianas de Salvini y Cesarotti; las ideas de Dacier sobre Homero, expuestas en el transcurso de la célebre *Querelle des anciens et des modernes*, fueron muy apreciadas por García Malo, quien las cita extensamente en su introducción. El hecho de que conociera la traducción de Francisco Xavier Alegre, publicada por primera vez en Bolonia en 1776, da una idea de qué tan al tanto se encontraba<sup>11</sup>.

Publicada en 1831 en Madrid y en 1861 en París, la *Ilíada en verso castellano* de José Gómez Hermosilla es sin duda la mejor que le tocó en suerte a Homero hasta el siglo pasado. También en endecasílabos, esta traducción supera en mucho a la de su predecesor en ritmo, estilo y probablemente en conocimiento

<sup>10</sup> Sobre la traducción de García Malo, véase C. HERNANDO, *Helenismo e Ilustración. El griego en el siglo XVIII español*, Madrid, 1975, pp. 206-210 y 225-226, que resume en su juicio una larga tradición de opiniones negativas originadas en Menéndez Pelayo. Un retrato más equilibrado de García Malo, junto con material nuevo sobre su vida, puede encontrarse en los estudios introductorios de G. Carnero a las ediciones de sus obras *Voz de la naturaleza*, London, 1995, y *Doña María Pacheco, mujer de Padilla*, Madrid, 1996.

<sup>11</sup> Vista su calidad y aunque se haya vuelto lugar común la acusación de Foscolo de ser muy virgiliana y poco homérica, es una lástima que Alegre no haya tenido el acierto de preparar también la traducción directa al español, como hizo con algunos textos de Horacio y de Boileau. Extendió aún más el reproche MENÉNDEZ PELAYO, *op. cit.*, p. 177. Véase la opinión de ALFONSO REYES acerca de Alegre en *Letras de la Nueva España*, México, 1946 (*Obras completas*, F.C.E., México, 1960, t. 12, p. 378. En adelante, cito las OC por esta edición, seguido de tomo y número de página).

del griego. Los defectos que podrían atribuírsele corresponden en parte al metro elegido, que hace la traducción considerablemente más extensa que el texto griego, a la inveterada preferencia por latinizar los nombres y a la tendencia, también usual, de suprimir fórmulas y epítetos<sup>12</sup>. La versión en prosa de Luis Segalá y Estalella, publicada por primera vez en 1908, es la *Ilíada* que hemos leído prácticamente todos hasta hace unos pocos años; y digo que es ésta porque se da la circunstancia paradójica de que la primera versión prevaleció en muchas ocasiones sobre la segunda, muy mejorada, que su autor publicó como definitiva en 1928 en un bello volumen en el que incluía también sus versiones revisadas de la *Odisea*, la *Batracomiomaquia*, los *Himnos homéricos* y los epigramas pseudohoméricos. En esta segunda versión los nombres de los dioses no estaban ya latinizados como en la primera, sino transcritos modernamente, y se incluía una larga introducción en la que se comentaban las traducciones anteriores. Se trata de la primera versión española propiamente moderna de Homero, hecha por un profesional de la filología que indica qué edición del texto griego ha usado; ello le rindió una enorme difusión tanto en España como en Hispanoamérica, al punto de ser plagiada y reproducida sin autorización muchas veces y de que se le hicieran varios retoques, como los de María Rosa Lida y Juan David García Bacca<sup>13</sup>.

<sup>12</sup> Como Gómez Hermosilla señala en su prólogo: “Bastará decir ahora que está hecha [la traducción] con la más escrupulosa fidelidad, sin haberme tomado otra licencia que la de suprimir los epítetos de pura fórmula o notoriamente ociosos y añadir algunos que me han parecido necesarios” (p. xxxiv). Sobre la traducción de Gómez Hermosilla y su recepción crítica, véase P. HUALDE PASCUAL, “Valoración de las traducciones de Homero en los siglos XIX y XX en España e Iberoamérica: de Hermosilla a Leconte de Lisle”, en *Contemporaneidad de los clásicos en el umbral del tercer milenio*, Murcia, 1999, pp. 369-377.

<sup>13</sup> En México, la traducción de Segalá fue publicada en 1921 como parte de la célebre colección de la UNAM auspiciada por Vasconcelos. La traducción fue retocada por Julio Torri, según confiesa éste a Reyes en una carta (México, 9 de junio de 1922): “no expresamos más visiblemente los nombres de los traductores, porque temimos Vasconcelos y yo pleitos con las casas editoras, pues desgraciadamente con nuestras leyes romano-cartaginesas-yanquis, no está permitido el robo como el que perpetramos” (JULIO TORRI, *Epistolarios*, ed. S. I. Zaitzeff, México, 1995, p. 157); Torri usó para su corrección la versión francesa de Leconte de Lisle, introduciendo más de un error. En el prólogo a su edición definitiva de 1928, Segalá dedica duras críticas –merecidas y muy elegantes, por otra parte– a la versión de la UNAM. Ignoro si hubo una negociación de por medio, pero en reimpresio-

La fidelidad no era, definitivamente, el objetivo de la traducción del hispanista José María Aguado (Madrid, 1935), cuyo principal valor está en el campo métrico, ya que usa el verso del romance castellano, más adecuado para el hexámetro griego que el endecasílabo al menos en lo que a la extensión se refiere: Aguado pensaba que, a pesar de que el romance hubiera perdido a favor del endecasílabo su sitio como verso heroico, valía la pena rescatarlo; al ser un verso más largo, las posibilidades de acomodar un hexámetro griego en cada verso español son también mayores. El experimento es interesante en cuanto abandona el endecasílabo pero no opta por la prosa, como había hecho Segalá; Lugones y Reyes buscarían también un término medio en el alejandrino. La versión de Aguado es un ejercicio erudito, más en broma que en serio, en el que el poema se divide en cuatro partes, como si se tratara de una representación teatral, y se adaptan los nombres al uso de la épica medieval, resultando excentricidades como “Aquiles Peliaz” o “Ulises Laertez”. Palli Bonet montaba en cólera frente a estos disparates<sup>14</sup>, que convierten la traducción en una parodia involuntaria, pero hay que aceptar que en los pasajes que no son afectados por este tipo de peculiaridades la traducción en romance es muy legible.

#### EL EJEMPLO DE LUGONES

Un antecedente hasta ahora casi ignorado, y a mi juicio mucho más importante de lo que Reyes estaba dispuesto a reconocer, fueron las traducciones homéricas de Leopoldo Lugones<sup>15</sup>, pu-

nes sucesivas se incluyó el nombre de Segalá como traductor, según dice él mismo. Entre las reimpressiones de la traducción de Segalá vale la pena señalar también las de Pedro Henríquez Ureña y María Rosa Lida (Buenos Aires, 1940); la prologada por Reyes (México, 1959; el retoque es de María Rosa Lida; el prólogo está recogido ahora en *OC*, t. 19, pp. 380-411); la de García Bacca (México, 1950); la versión ha sido prologada, entre otros, por Julio Palli (Barcelona, 1967), José Alsina (Barcelona, 1967) y Antonio Tovar (Barcelona, 1972).

<sup>14</sup> *Homero en España*, pp. 45-46: “más tortura para Homero ya no es posible”.

<sup>15</sup> De las numerosas reseñas aparecidas tras la publicación de la *Iliada* (véase más adelante, n. 41) únicamente lo toma en cuenta J. PÁRAMO POMARÉDA, *BICC*, 10 (1954), 404-408; no lo mencionan los trabajos que se ocupan específicamente de la traducción de Reyes como, por ejemplo, G. VIVEROS, “Alfonso Reyes, traductor de la *Iliada*”, en *Alfonso Reyes. Homenaje de la Facul-*

blicadas en *El ejército de la Ilíada*, Buenos Aires, 1915, en *Las industrias de Atenas*, Buenos Aires, 1919, y sobre todo en los cuatro volúmenes de *Estudios helénicos*, reunidos en uno solo en 1924, y en *Nuevos estudios helénicos*, de 1928. El origen de estos libros se encuentra en conferencias o artículos periodísticos de divulgación. Se trata de trece ensayos sobre aspectos puntuales de la *Ilíada* y la *Odisea*: *La progenie homérica, Discurso preliminar y La funesta Helena* (t. 1); *Un paladín de la Ilíada* (t. 2); *La dama de la Odisea, El canto V de la Odisea, El canto VI de la Odisea, El reconocimiento de Ulises y Penélope* (t. 3); *Héctor el domador, La despedida de Héctor y Andrómaca, El duelo de Héctor y Áyax, La muerte de Héctor, y El rescate de Héctor* (t. 4). La prosa de los *Estudios helénicos* es mínima y un mero pretexto para introducir los pasajes traducidos, en torno a los cuales gira cada ensayo. El conjunto de las versiones<sup>16</sup> abarca el canto I de la *Ilíada* completo y fragmentos de mayor o menor extensión de cada uno de los restantes, siendo el canto II, el catálogo de las naves, el menos representado. De la *Odisea*, Lugones tradujo íntegros los cantos V, VI y XXII, y fragmentos del I, III, IV, XI, XIII, XIV, XVII, XVIII, XIX, XXI y XXIII.

La relación personal de Reyes con Lugones data de sus años parisinos, pero su conocimiento literario proviene de su formación preuniversitaria. Reyes veía en él a un poeta fundamental de la lengua y a un precursor en muchos sentidos. En numerosas menciones ocasionales, y sobre todo en los ensayos sobre poesía hispanoamericana de *Pasado inmediato* y en la necrológica que le dedicó, asoma la simpatía hacia el escritor aparejada con un cierto recelo hacia “este altivo criollo, que no dejaba de contemplar a España con recelo de caudillo insurgente”<sup>17</sup>. No dejó Reyes de asestarle alguna indirecta por su pretensión de ver en la Argentina la renovación completa de la

*tad de Filosofía y Letras de la UNAM*, México, 1981, pp. 161-166, y J. A. AYALA, *El pensamiento clásico en la obra de Alfonso Reyes*, Suplemento de *Armas y Letras*, Monterrey, 1960, pp. 50-51. Sí lo menciona A. ALATORRE en su excelente artículo “Avatares del verso alejandrino”, *NRFH*, 49 (2001), 363-407.

<sup>16</sup> Recogidas posteriormente, junto con las escasas versiones de lenguas modernas realizadas por LUGONES, en sus *Obras poéticas completas*, Madrid, 1948, pp. 1249-1452.

<sup>17</sup> Véase, por ejemplo, en *Marginalia, segunda serie*: “Hoy dije a un amigo: —Lugones valía más de lo que él se figuraba, y por eso no siempre supo respetarse a sí mismo. El último agravio que se hizo fue suicidarse” (*OC*, t. 22, p. 334).

cultura respecto al resto de Hispanoamérica, como la siguiente, publicada por cierto en la Argentina en 1930<sup>18</sup>:

En 1913, y en París, tuve con Leopoldo Lugones una conversación que he transcrito así, en alguno de mis libros:

–Vosotros, mexicanos –me decía Lugones–, sois casi como los europeos; tenéis tradiciones, tenéis cuentas históricas que liquidar; podéis *jouer à l'autochtone* con vuestros indios, y os retardáis concertando vuestras diferencias de razas y de castas. Sois pueblos vueltos de espaldas. Nosotros estamos de cara al porvenir: los Estados Unidos, Australia y la Argentina, los pueblos sin historia, somos los de mañana.

Estas palabras, improvisadas en la conversación, a bulto y sin matices, describen bien la postura del fenómeno, aunque tengan la exageración del epigrama. De entonces acá, el poeta ha sentido crecer en su corazón el culto por las cuentas históricas, y en su conciencia, las ventajas de tener compromisos con la tradición.

La relación entre ambos fue fluctuante<sup>19</sup> y en general, mala, lo cual parece haber decepcionado muchísimo al joven Reyes:

Estaba del todo entregado a la política militarista y reaccionaria, y saludaba el advenimiento de “la hora de la espada”, fórmula que antes él mismo había acuñado como palabra acusatoria... Aunque estas cosas me fueron profundamente desagradables y aun me convencieron de la inutilidad de conocer de cerca a muchos poetas por mí admirados y queridos, seguí admirando en él al poeta; y muchos años más tarde, en Buenos Aires, volví a frecuentar a Lugones y aun aprendí a quererlo, a pesar de la actitud imposible que asumió en sus últimos días, de su “fascismo” y de su odio a los perros...<sup>20</sup>.

Es especialmente relevante un artículo de 1932, en el que Reyes se refiere a Lugones como traductor de Homero<sup>21</sup>:

<sup>18</sup> “Palabras sobre la nación argentina”, en *Norte y Sur* (OC, t. 9, pp. 28-41).

<sup>19</sup> La correspondencia entre ambos conservada en la Capilla Alfonsina, que va desde 1914 a 1937, es cortésmente fría, dedicada sobre todo a breves consultas bibliográficas.

<sup>20</sup> “Lugones” y “Más sobre Lugones”, en *Ficciones* (OC, t. 23, pp. 377-379); los dos apuntes son de 1959. En la correspondencia de Reyes con Henríquez Ureña aparece la misma opinión varias veces.

<sup>21</sup> “Estornudos literarios”, en *A lápiz* (OC, t. 8, pp. 313-319).

Jorge Luis Borges me escribe desde Buenos Aires: “Releo en la página 40 del *Calendario*: Un solo estornudo sublime conozco en la literatura: el de Zaratustra”. ¿Puedo proponerle otro? Es uno de los tormentosos presagios de la *Odisea* y está en el libro XVII, al final.

A continuación cita Borges algunas traducciones inglesas, acerca de las cuales había publicado ese mismo año el célebre ensayo incluido en *Discusión*<sup>22</sup>, y le responde Reyes:

Amigo Jorge Luis: No tengo a la mano a Mme Dacier, ni tampoco la *Ulixea*, de Pérez, el padre del célebre secretario de Felipe II, libros ambos que se me han quedado en mi tierra. Usted puede consultar allá a don Leopoldo Lugones, experto en materia de *Odisea*. En la traducción castellana de Segalá y Estalella, la página 453 se abre con el célebre estornudo. También lo encuentro en la versión de Bérard, III, página 45.

Lugones es mencionado sólo una vez en la presentación de la *Ilíada*<sup>23</sup>, aunque por otros pasajes y por las entradas del diario<sup>24</sup> sabemos que Reyes lo tenía presente en sus postreros años homéricos. La idea de la traducción en alejandrinos proviene en parte de Lugones, aunque no por las razones que el argentino esgrimía en 1913:

Era también la época en que [Lugones] esperaba demostrar que la pretendida “cantidad silábica” de la antigua métrica no había existido nunca, y que el hexámetro no era más que un alejandrino que los filólogos de todos los tiempos no habían acertado a leer con su ritmo debido. Y, en efecto, para demostrarlo, leía los hexámetros de Virgilio cambiando la acentuación a su gusto. Y yo le dije: “¿Qué medida tiene este verso: *Las cuarenta mil campanas de una ideal Jerusalén?*” Y me contestó: “Dieciséis sílabas. ¿Cómo voy a ignorarlo si se trata de un verso mío?” Pues lo ignora usted —me atreví a decirle, aunque él era un maestro y yo un principiante de veinticuatro años—; lo ignora usted, porque es un ale-

<sup>22</sup> “Las versiones homéricas”, en *Discusión*, Buenos Aires, 1932 (en *Obras Completas*, Barcelona, 1989, t. 1, pp. 239-243).

<sup>23</sup> “Llegué a traducir, en alejandrinos sin rima, casi las dos primeras rap-sodias, cerca de 1400 versos. Después —no sé si dejándome llevar por el ejemplo de Lugones en sus fragmentos homéricos— pensé que la rima cunaba la atención, y lo rehice todo” (*OC*, t. 19, p. 93).

<sup>24</sup> Véase, por ejemplo, *OC*, t. 22, p. 728 (*Las burlas veras*) e introducción a *OC*, t. 19, p. 9; sobre el diario, véase la nota siguiente.

jandrino. Escuche usted las catorce sílabas, tal y como deben leerse: *Las cuárenta milcampánas deunideal Jerusálen*.

Reyes tenía una formación filológica superior a la de Lugones y no podía negar la cantidad silábica de la métrica clásica, que es como negar la claridad del día, ni plegarse a ésta idea peregrina de que los hexámetros son en verdad alejandrinos, pero la insistencia del argentino debió al menos llamar su atención acerca del tema, que resumía en el prólogo de su traducción, aclarando que, habiéndose permitido la versificación silábico-acentual en su obra propia, le pareció que usarla en la *Ilíada* arrojaría “una traducción chapucera, bárbara, de la antigua cantidad silábica al acento rítmico moderno” (*OC*, t. 19, p. 92).

Esta opinión merece un comentario, ya que sin duda la principal preocupación de Reyes al elaborar su traducción era precisamente de orden métrico<sup>25</sup>. El hexámetro griego no tiene equivalente en español. El llamado hexámetro bárbaro, consistente en adaptar el esquema de alternancia cuantitativa del dáctilo (una sílaba larga seguida por dos breves) a un esquema silábico-acentual (una sílaba tónica seguida de dos átonas), es una adaptación válida pero en última instancia artificial. Para llevar a cabo una traducción utilizando este esquema rítmico, ajeno al español, es necesario acomodar el lenguaje de formas variopintas, que van desde la extrema concisión (el griego es una lengua flexiva y el español una lengua analítica, que requiere muchas más palabras) hasta los hipérbatos más violentos, que recuerdan a veces la *jeri—siguiente—gonza* de Quevedo. Las llamadas versiones rítmicas no pretenden por lo tanto mantener el esquema silábico-acentual a lo largo de todo el texto, sino solamente en las cinco sílabas finales (el mal llamado adonio), que deben tener acento en la primera y cuarta para dar al verso entero, de entre trece y diecisiete sílabas

<sup>25</sup> Esto es fácilmente observable en las entradas de su diario referidas a la traducción, que abarcan de 1948 a 1951 (señalo sólo las que se refieren a la traducción de la *Ilíada*; algunas de las correspondientes a otros trabajos sobre los clásicos se encuentran en la introducción de E. Mejía Sánchez a *OC*, t. 19, pp. 9-13): 1948: 29, 30/VII; 3, 21/VIII; 4, 8, 30/IX; 2, 5, 7, 13, 14, 19, 23, 28/X; 1, 3, 9, 17, 18, 19, 21, 25, 26, 27/XI; 2, 13, 14/XI. 1949: 4, 9, 16/1; 4, 10, 11, 13, 15, 16, 17, 20, 22, 24/II; 2/III; 21, 22/X; 11, 15, 24, 26, 27, 30/XI; 11/XII. 1950: 29/1; 21/IV; 29-31/V; 4/VII; 8/VIII; 24/X; 15/XI. 1951: 9, 10, 15, 18, 28/1; 11, 14, 15, 18, 19/II; 12/V; 22/X; 7-8/XI; 20, 22/XII.

sin cesura fija, un cierto ritmo dactílico<sup>26</sup>. No es éste el sitio adecuado para cuestionar esta tentativa, propuesta ya por El Pinciano en su *Philosophía antigua poética* en el siglo XVI, ni sus resultados dispares en las traducciones españolas, pero sí es importante hacer notar que la solución de Reyes fue mucho más sensata y menos complicada<sup>27</sup>. El alejandrino es el verso español más cercano por ritmo y estructura al hexámetro griego. De hecho, el alejandrino es prácticamente idéntico al pentámetro griego o latino<sup>28</sup>, que consiste en dos hemiepes; es también muy cercano al hexámetro griego, que puede tener entre trece y diecisiete sílabas en función de la resolución de cada par de sílabas breves en una sola larga, mientras que el alejandrino tiene catorce sílabas con cesura obligatoria tras la séptima.

La impresión rítmica del alejandrino se acerca más a la del hexámetro clásico de lo que podría hacerlo el hexámetro bárbaro con sus acentos en la primera y la cuarta de las últimas cinco sílabas. Incluso si alguien lograra mantener la alternancia de tónicas y átonas de la *Salutación del optimista* a lo largo de los 15 638 versos de la *Iliada*, el resultado no sería muy diferente del que obtendría el mismo hipotético traductor si utilizara alejandrinos<sup>29</sup>. Compá-

<sup>26</sup> Para una historia de la versificación rítmica al modo latino, véase T. HERRERA ZAPIÉN, *La métrica latinizante*, México, 1975, con numerosos ejemplos, no todos tan felices como el autor supone.

<sup>27</sup> En materia de versificación silábico-accentual, Reyes recibió consejo de Alfonso Méndez Plancarte, según consta en las cartas que con este tema se conservan en el archivo de Reyes (28 de septiembre de 1937; 30 de noviembre de 1937; 23 de agosto de 1940; 26 de agosto de 1940; 28 de octubre de 1940; 19 de febrero de 1949; 25 de octubre de 1954); el Padre Méndez Plancarte le recomienda bibliografía sobre el tema e incluso le da la catalogación en la Biblioteca Nacional de la *Philosophía* de El Pinciano. Sobre la amistad entre ambos eruditos véase L. MARTÍNEZ CARRIZALES, "Una amistad al abrigo de la tradición clásica: los hermanos Méndez Plancarte, Alfonso Reyes y Enrique González Martínez", *Nova Tellus*, 20 (2002), núm. 1, 183-207.

<sup>28</sup> De hecho, Cándido María Trigueros se preciaba en 1774 de haber inventado lo que él llamaba *pentámetros castellanos* y que no eran otra cosa que alejandrinos; véase al respecto el artículo citado de ALATORRE (n. 15), donde se encontrará abundante bibliografía y ejemplos de las diferentes realizaciones del alejandrino.

<sup>29</sup> El ejemplo más logrado de versión rítmica con el que contamos es sin duda la versión de la *Odisea* de José Manuel Pabón, publicada póstumamente en 1984, pero de la que su autor había dado largos adelantos en su *Homero*, Barcelona, 1947, libro al parecer no conocido por Reyes, en el que también aparecía la versión rítmica de numerosos pasajes de la *Iliada*.

rense algunas medidas de *hexámetro* de Darío: *los claros clarines de pronto levantan sus sonos*<sup>30</sup> o *íclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda* (p. 251), con algunos alejandrinos: *está mudo el teclado de su clave sonoro* (p. 188) o *pinta las dulces Gracias, o la desnuda Europa* (p. 181). El hispanohablante no encuentra diferencia sustancial entre el alejandrino, que es terreno regular y seguro, y el hexámetro bárbaro, cuya medida variable permite sólo la continuidad del ritmo, pero no la del metro ni la de la pausa.

Aunque ni Lugones ni Reyes lo mencionen, la idea de ambos de traducir el hexámetro en alejandrinos proviene de su común afición francesa. La primera traducción francesa de Homero es paradigmática en este sentido<sup>31</sup>. Hugues Salel publicó los primeros dos cantos traducidos en versos decasílabos en 1542, completó los doce primeros en 1554 y abandonó luego el trabajo. El traductor que se propuso continuar la obra, Amadis Jamyn, lo hizo en alejandrinos, no en decasílabos, y el conjunto se publicó en 1577; esta versión híbrida fue reeditada en numerosas ocasiones hasta que en 1604 Salomon Certon publicó la *Odisea* en alejandrinos y la *Iliada* en el mismo metro en 1615, casi al mismo tiempo que François du Souhait y Claude Boitet traducían ambas obras en prosa. A partir de entonces se alternan traducciones en prosa y en alejandrinos, pero el decasílabo prácticamente se abandona. Similar abandono y la desilusión subsiguiente operó en Foseolo, que no aceptó la adaptación del hexámetro bárbaro a su lengua pero tampoco logró que un endecasílabo italiano contuviera lo mismo que un hexámetro griego<sup>32</sup>.

#### LA VERSIÓN DE REYES

Puesta en el contexto de las traducciones españolas que existían cuando publicó su versión de los primeros nueve cantos de

Pabón utiliza versos de cinco acentos móviles (en algunos casos se permite seis), similares a los de Darío pero más libres, que dan en efecto una impresión más cercana al ritmo del original que la lograda siguiendo el método de acentuación de las últimas cinco sílabas de El Pinciano.

<sup>30</sup> De la edición preparada por E. MEJÍA SÁNCHEZ, *Poesía. Libros poéticos completos y antología de la obra dispersa*, México, 1952, p. 267.

<sup>31</sup> Véase N. HEPP, *Homère en France au XVII<sup>e</sup> siècle*, Paris, 1968, pp. 33-37.

<sup>32</sup> La obsesión de FOSCOLO por encontrar un metro y un ritmo que realmente reprodujeran el hexámetro griego no tiene paralelo, como demuestran los tres volúmenes de sus amenísimos y desesperantes *Esperimenti di traduzione dell'Iliade*, ed. G. Barbarisi, Firenze, 1961.

la *Ilíada* en 1951, el experimento de Reyes era profundamente innovador y constituía un verdadero aporte a las letras hispánicas: una traducción en alejandrinos, con los nombres griegos transcritos, no latinizados, fiel al texto pero al mismo tiempo legible y elegante. Los logros del traslado homérico de Reyes pueden observarse en una comparación mínima de dichas versiones; para la comparación he elegido dos fragmentos de la despedida de Héctor y Andrómaca (*Ilíada* VI, 405-420 y 466-484), que presento en el Apéndice 1. Incluyo las versiones de García Malo, Gómez Hermosilla y Segalá como traducciones *canónicas* y, dada la voracidad lectora de Reyes y ya que se trata de libros raros, las de Jünemann, López Álvarez y Aguado; por su relación con Reyes, incluyo también el pasaje correspondiente de Lugones. Excluyo las de Vallvé y Gómez de la Mata, por ser traducciones del francés, como ya se dijo, y la de Lapalma, a cuya traducción de este pasaje no he podido tener acceso hasta el momento<sup>33</sup>.

Aunque no puedo detenerme en comentar cada verso, una consideración de conjunto da la medida de cada versión. El patrón general es el siguiente: Segalá suele seguir a Gómez Hermosilla y desconfiar de García Malo; Lugones y Reyes suelen seguir a Segalá; Jünemann, en cambio, coincide más a menudo con García Malo que con Gómez Hermosilla; Aguado y López Álvarez, por distintas razones, suelen apartarse de todos. Lugones acorta lo más que puede su texto, mientras que Reyes tiende a resolver e interpretar las fórmulas en lugar de suprimirlas.

Un ejemplo de este patrón, clarísimo porque es uno en el que Gómez Hermosilla se equivoca, es la traducción de VI, 419, *πελέας ἐφύτευσαν* (lit. *hicieron brotar olmos*); García Malo y Jünemann traducen correctamente *olmos*; Gómez Hermosilla, Segalá, Lugones y Reyes traducen *álamos*; Aguado, *bosque de pinos* y López Álvarez, *encinas*. Álamo y olmo no se confunden en griego: álamo es *λεύκη* o *αἴγειρος*, pino es *ἐλόπη*, *πέυκη* o *πίτυς*; encina es *δρῦς*; sólo *πελέας* significa olmo. Segalá siguió a Gómez Hermosilla, a quien tiene en mejor consideración que a García Malo; Lugones y Reyes siguieron a Segalá; el lector puede apreciar el mismo proceso en varios puntos del pasaje transcrito en el Apéndice 1.

<sup>33</sup> Véase la n. 9. Incluyo también el texto griego para facilitar el cotejo; en los pasajes comparados no hay problemas de transmisión del texto que apoyen una u otra versión.

La traducción de Segalá es en general muy cercana en interpretación léxica a la de Gómez Hermosilla. Aporta solamente algunas precisiones, como por ejemplo llamar aqueos al bando de Aquiles, y no griegos, pero perpetúa otras características añejas, como la latinización de las divinidades. Estos eran dos puntos que preocupaban a Reyes: “Homero no emplea la palabra ‘griegos’ de difusión posterior; una sola vez dice ‘panhelenos’ término más antiguo (II, 529), y sólo llama ‘helenos’ a los del Argos Pelásgica, país de Aquiles (II, 678)”<sup>34</sup>; “cuando se hable de los dioses griegos, no llamarlos con nombres latinos, porque éstos —aunque en el concepto vulgar significan lo mismo— no se corresponden de un modo absoluto”<sup>35</sup>.

La traducción de Lugones resuelve ya este anacronismo transcribiendo los nombres griegos a la manera que para entonces se acostumbraba, no del todo correcta, pero que representaba un gran avance en comparación con el uso de nombres latinos<sup>36</sup>. La versión de Reyes contiene algunas otras precisiones, tanto respecto a la de Lugones como a la de Gómez Hermosilla y Segalá. El nombre propio *Oréades*, por ejemplo, que prácticamente todos los traductores anteriores a Reyes aplican a las ninfas (VI, 420), convertido sin ninguna razón por Lugones en *Orcades*, no es tal nombre propio en griego, sino un simple adjetivo: *montaraces*, que *habitan en los bosques*. Reyes es el primer traductor al español que lo vierte correctamente, como ya Murray lo había hecho al inglés y Mazon al francés, versiones de las que Reyes depende a cada paso.

Al contrario de lo que podría parecer, la cadena Hermosilla-Segalá-Lugones-Reyes permite valorar mejor las características de cada traductor, tanto cuando aciertan o se equivocan; juntos como cuando cada uno formula la misma idea de manera muy

<sup>34</sup> Notas a la traducción de la *Ilíada* (OC, t. 19, p. 28).

<sup>35</sup> Nota manuscrita de octubre de 1907 (cf. MEJÍA SÁNCHEZ, introd. a OC, t. 19, p. 8).

<sup>36</sup> En la transcripción de los nombres propios griegos tienen un papel importantísimo tanto la tradición como la influencia de otras lenguas modernas, perpetuando sobre todo acentuaciones y desinencias incorrectas; por poner ejemplos de este pasaje, parece difícil acostumbrarse a transcribir correctamente *Ilio* o *Teba* y no *Ilíon* o *Tebas*. Traductores posteriores a Reyes, como Daniel Ruiz Bueno (1956), Antonio López Eire (1989) y Emilio Crespo (1991) han intentado restituir la transcripción correcta. Sobre este aspecto de las traducciones homéricas, véase O. MARTÍNEZ GARCÍA, “La transfiguración de los nombres de dioses y héroes a través de las traducciones de Homero al castellano”, en *Actas del X Congreso Español de Estudios Clásicos*, eds. J. F. Castro y J. L. Vidal, Madrid, 2002, t. 3, pp. 649-656.

diferente. Un pasaje interesante desde este punto de vista es la súplica de Héctor a los dioses en VI, 476-478, para que su hijo sea como él; Gómez Hermosilla: “que mi hijo llegue á ser tan esforzado / como yo, y á los Teucros aventaje / en fuerzas y valor, y que algun día / sobre Ilión impere poderoso”; Segalá: “que este hijo mío sea, como yo, illustre entre los teucros y muy esforzado; que reine poderosamente en Ilión”; Lugones: “¡que mi hijo un día, / cual yo entre los troyanos, sea fuerte y glorioso! / Que sobre Ilión se vea reinando poderoso”; Reyes: “que el hijo mío sea como su padre ha sido, / campeón escogido y orgullo de su gente; / que poderoso reine sobre la vasta Ilión”. La versión de Reyes es sin duda la más literaria, la que da un texto más refinado si por esto se entiende una estructura y un léxico más complejos. Probablemente ésta sea la característica de la versión de Reyes que un filólogo estricto podría cuestionar: la *Iliada* no es bella, no es artística en ese plano; Reyes mejora el original y lo hace menos áspero, más cercano al Homero melifluido de Madame Dacier o de George Chapman, de quien se solía decir que había producido un libro muy bonito, pero que no era Homero.

Reyes se distingue sobre todo por su facilidad y talento para resolver e interpretar. En el pasaje seleccionado hay dos ejemplos que me parecen bastante claros. En VI, 407, Andrómaca llama a Héctor *δαμόνιε*, que queda sin traducir en García Malo y es vertido como *infeliz* (Gómez Hermosilla), *cruel* (Jünemann), *desgraciado* (Segalá), *infortunado* (Lugones), *maligno* (Aguado) y *pobre* (López Álvarez); Reyes lo traduce como *ciego*. En VI, 418, Andrómaca narra que Aquiles cremó a Etión con sus bien labradas armas, *σὺν ἔντεσι δαιδαλέοισιν*; el adjetivo *δαιδάλεος* y otros términos de la misma raíz significan en Homero *trabajado con arte*, referido a objetos de metal o madera (la identificación con Dédalo, el famoso autor del laberinto de Creta probablemente provenga de etimología popular, pero puede tener también algún fundamento, según explica Chantraine); por extensión puede significar también *labrado*, *pintado* o simplemente *adornado*, pero en su origen indicaba la complejidad del trabajo, no el tipo de adorno. García Malo, Gómez Hermosilla y Lugones no traducen el adjetivo; Jünemann traduce *pintadas armas*; Segalá, *labradas*; Aguado, *fébridas*; López Álvarez, *esplendentes*, y Reyes, *regias armaduras*. Como en otros casos, Reyes interpreta y resuelve: unas armas muy trabajadas son regias, como corresponde a su dueño en este caso.

Los fragmentos homéricos de Lugones destacan por su concisión, pero también por la libertad que se atribuye para cortar segmentos que le parecen repetitivos o para complicar la sintaxis en aras de la brevedad. Esta concisión le valió un reproche de Borges, a quien las versiones de Lugones, por cierto, nunca convencieron<sup>37</sup>:

“Tengo la convicción –escribe Lugones– de que mi comentario es interesante y de que mis traducciones son buenas”. Acaso le parecieron buenas porque en cada palabra seguía oyendo el texto original; tal ilusión es frecuente en los traductores, y casi inevitable. Esa iluminación indirecta no alcanza al lector, que no ve sino el resultado último del trabajo. Más atento al significado de las palabras que a su valor estético, Lugones las combinaba y prodigaba con extraña insensibilidad. Construía así dificultosos pasajes...

Merced a estos recursos, los 35 hexámetros griegos, que se habían convertido en 59 endecasílabos para García Malo, 56 para Gómez Hermosilla, 53 para López Álvarez y 47 para Jünnemann, se convirtieron en 34 alejandrinos para Lugones, mientras que Aguado necesitó 35 versos de romance y Reyes requirió de 37 alejandrinos. Esta característica se mantiene en el resto de los cantos traducidos por Reyes y por Lugones: unos cuantos más en el primero, pero sin forzar el español, y menos incluso que en el original por parte del argentino, pero sacrificando en ocasiones la continuidad de la narración. Tanto Reyes como Lugones sacrifican del todo, sin embargo, uno de los elementos más característicos de los poemas homéricos; el estilo formular y los epítetos. De los traductores anteriores a Reyes, sólo Segalá mantiene de manera más o menos sistemática los epítetos y fórmulas, lo cual la hace sin lugar a dudas la más cercana al estilo del original. Esta característica de la traducción de Segalá es admirable porque en el momento de su primera versión (1908) el estilo formular no se encontraba todavía en el centro de los estudios homéricos como lo ha estado después de los trabajos de Milman Parry, quien, como es bien sabido, dio

<sup>37</sup> Véase el ensayo en colaboración con BETINA EDELBERG, *Leopoldo Lugones*, Buenos Aires, 1965 (*Obras completas en colaboración*, Barcelona, 1997, pp. 453-508; el cap. dedicado a “Lugones y lo helénico”, en pp. 489-491). Borges repite a lo largo del ensayo que la obra de Lugones, “un hombre solitario, orgulloso y valiente”, “que murió, tal vez, sin haber escrito la palabra que lo expresara”, despertó la admiración pero no el afecto.

forma definitiva a la teoría de la composición y transmisión oral de los poemas homéricos basándose precisamente en los epítetos y las fórmulas. En el momento de Reyes, sin embargo, el asunto ya era uno de los más importantes de la cuestión homérica y había sido puesto de relieve en la edición y traducción de Paul Mazon, que Reyes conocía bien.

El hecho es que, como la mayoría de los poetas, Reyes era unitario, es decir, entre la composición y transmisión oral a cargo de un grupo amplio y anónimo de poetas, tesis que proponen los analistas, y la composición a cargo de un solo poeta, bien que se sirviera de material ya existente o compusiera todo el conjunto, tesis que sostienen los unitarios, se quedaba con estos últimos<sup>38</sup>. En su introducción lo dice claramente: “Respecto a la autoría de la *Iliada*, carácter y texto del poema, la doctrina más sana y más nueva puede resumirse así: 1) hay un poeta, un Homero, que responde de la asombrosa unidad artística de la obra, de su creciente arrastre patético y de su alto sentido moral” (*OC*, t. 19, pp. 94-96). En los siguientes catorce incisos, en los que Reyes resume su idea de la *Ilíada*, está presente el mismo concepto: hay un plan, obra de un poeta; no dice nada, por supuesto, de las fórmulas, los epítetos o las escenas típicas, difíciles de encajar en la tesis unitaria. Así pues, no es sorprendente que no las reproduzca en su traducción; Reyes, como casi todos los traductores anteriores a él, quiere un Homero literario, no un Homero oral, que parece más primitivo si no se han entendido bien los mecanismos de la composición formular. Hoy en día, e incluso ya en el momento en que escribía Reyes, lo más sano y lo más nuevo no es el unitarismo: los estudios sobre oralidad de Parry, Lord y su escuela, aunados al conocimiento acumulado sobre instituciones, geografía, historia y aspectos de la vida cotidiana dan por superada la cuestión homérica en favor de la concepción de los poemas como un “libro de cultura” (Murray) o una “enciclopedia tribal” (Havelock) compuesta y transmitida oralmente en sus inicios y enriquecida a lo largo de siglos de tradición oral.

<sup>38</sup> Entre los analíticos se cuentan filólogos como K. Lachmann, A. Kirchhoff, G. Hermann, W. Müller, G. W. Nitzsch, U. von Wilamowitz-Moellendorff, G. Jachmann y D. L. Page; entre los unitarios, K. Lehrs, K. O. Müller, F. Blass, W. Schadewalt, V. Bérard y A. Lesky. No conozco una exposición más clara, sintética e informada del asunto que la de L. E. Rossi, *Litteratura greca*, Firenze, 1995, pp. 26-51, con una bibliografía básica que remite a la inmensa cantidad de obras sobre el tema.

El unitarismo de Reyes debe mucho a un filólogo al que hoy en día los homeristas citan poco, pero que en su momento tuvo gran influencia, Víctor Bérard. Reyes lo había leído ya en México y había dejado constancia de esa lectura en uno de sus primeros textos de tema clásico, *Lucha de patronos*. Durante su estancia en Madrid tiene la oportunidad de conocerlo personalmente cuando en 1919 Bérard pronuncia una serie de conferencias en el Instituto Francés, de las que Reyes escribe una reseña que primero pasa a formar parte de *Simpatías y diferencias* (*OC*, t. 24, p. 281), luego es ampliada en un artículo<sup>39</sup> y, finalmente, convertida en prólogo de la traducción española de la *Resurrección de Homero* de Bérard, publicado en México en 1945. Este prólogo —ahora en *OC*, t. 17, pp. 241-253—, otro gran alegato unitarista, interesante de por sí para comprender la postura de Reyes, es la base de un soneto de *Homero en Cuernavaca*, en el que Reyes hace un resumen poético de su profesión de fe unitaria (*OC*, t. 10, p. 406):

No juzguéis que el arguto alejandrino,  
partiendo en dos a Homero, como al santo,  
fue tan impío ni ha pecado tanto  
como peca el moderno desatino.

Que el Janto absorba y beba en su camino  
tal afluyente, y se revuelva el manto,  
¿en qué perturba la unidad del Janto,  
en qué lo deja menos cristalino?

Ha muchos siglos maduró la yema,  
enfriada la masa temblorosa  
hasta cuajar en su virtud extrema.

Duerma el embrión su vida penumbrosa:  
no importa el balbuceo, sí el poema;  
no la oculta raíz, sino la rosa.

Es bien sabido que esta serie de sonetos casi modernistas son un “recreo prosaico, burlesco y sentimental” como los calificaba su propio autor, pero entre burlas y veras la posición de Reyes es tan clara que no necesita mayores comentarios. La *Ilíada* de Reyes es, en definitiva y como él la caracteriza aquí por

<sup>39</sup> “En torno a Homero (prólogo a Bérard)”, *CuA*, 1945, núm. 22, 205-217.

medio de la comparación con el Janto, una muy literaria, no sólo por su espléndida factura, sino por la concepción que su autor tenía del poema como obra unitaria y completa, obra de un poeta culto, no de un conjunto de aedos, cuyas reiteraciones y fórmulas eran parte de un estilo, no indicadores de un proceso de composición. Es posible que el unitarismo militante de Reyes se deba a su desconocimiento de Parry y Lord<sup>40</sup>, pero creo que más bien se debe a su propio trabajo de escritor que en su obra literaria se aprovecha de cuanto está a su alcance, modelando y remodelando un material de muy diverso origen y prestigio. Desde este punto de vista, el poeta que controla y reordena una gran tradición literaria en una obra extensa y compleja es un modelo para Reyes, autor también de una obra que aspira a la unidad a partir de materiales heterogéneos.

#### EL CAZADOR FURTIVO Y SUS CRÍTICOS

A la luz de estas consideraciones, es oportuno revisar, por último, un tema polémico relacionado con la traducción: si Alfonso Reyes dominaba el griego o no y qué valor tenía su versión<sup>41</sup>. El propio Reyes alentó esta discusión con las palabras iniciales de su traducción: *no leo la lengua de Homero; la descifro apenas* (OC, t. 19, p. 91). Se trataba sobre todo de una cuestión de pudor y orgullo en la que se mezclaban no pocas aficiones o animadversiones personales. Tratándose de uno de los presti-

<sup>40</sup> Reyes nunca cita a Parry, cuyos trabajos fundamentales fueron publicados en París en 1928; tampoco los poseía en su biblioteca, aunque hay que tener en cuenta que eran difíciles de conseguir antes de ser reimpresos junto con otras obras de Parry en *The making of the Homeric verse*, Oxford, 1971. Más difícil aún era que conociera a Lord, cuyos trabajos alcanzaron una mayor difusión —es decir, para los no especialistas— sólo a partir de *The singer of Tales*, de 1960.

<sup>41</sup> El asunto apareció desde el principio en las reseñas de la traducción publicadas en México, pero está ausente de las extranjeras; véanse, entre otras, las de M. A. OCAMPO, *Excelsior*, 16 de abril de 1952; B. NAVARRO, *Excelsior*, 20 de abril de 1952 (en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, Monterrey, 1957, t. 2, pp. 190-193); R. BONIFAZ NUÑO, *México en la Cultura*, 17 de febrero de 1952, núm. 158, p. 3; J. PÁRAMO POMAREDA, *BICC*, 10 (1954), 404-408; D. DEVOTO, *Sur*, 1952, núms. 213/214, 120-122 (en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, t. 2, pp. 204-206); J. L. LANUZA, *La Nación*, 4 de mayo de 1952 (en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, t. 2, pp. 194-198); E. CARBALLO, *México en la Cultura*, 21 de febrero de 1960, núm. 571, p. 4 (sobre las OC).

gios más sólidos de la literatura mexicana, defender o atacar la competencia de Reyes en el griego clásico y el alcance de sus conocimientos acerca de las literaturas clásicas se convirtió en un asunto de dudoso honor: lo mismo puede uno encontrar quien jure que Reyes conocía el griego perfectamente y quien diga que no tenía ni idea; quien encuentre en sus escasas declaraciones al respecto una prueba de modestia y quien vea en ellas una coartada. Yo nunca he creído que el saber o no saber griego tenga nada que ver con el prestigio de Reyes, para el cual valen más sus otros ciento cincuenta libros que no tienen nada que ver con Grecia. Lo que sí se puso en juego con esta discusión, en cambio, fue el prestigio de los críticos de Reyes.

La opinión desfavorable se encuentra bien resumida en las palabras de Antonio Alatorre<sup>42</sup>:

Don Alfonso sabía el griego como yo el ruso: leía las letras y entendía ciertas palabras aisladas, pero hasta allí... Un helenista jamás hubiera recibido de mí lecciones elementales de prosodia comparada del griego y del latín, ni hubiera tenido problemas con el acento de *Dionysos* o de *Katharsis*, ni me hubiera hecho preguntas sobre la transcripción de los nombres propios. Y, por lo demás, él siempre confesó que su traducción de Homero era traducción de traducciones francesas e inglesas.

La opinión contraria puede ejemplificarse con el elogio de Bernabé Navarro<sup>43</sup>:

Dice Don Alfonso: "No leo la lengua de Homero; la descifro apenas". Ejemplar modestia y sincero reconocimiento ante la gran dificultad de profundizar en una lengua como la griega y en un lenguaje como el homérico. Con los conocimientos que él tiene, muchos otros pretenderán dominarla. Y en realidad, en un espíritu responsable y severo como Reyes, ese dominio es descifrarla. Molesta en lo hondo oír decir por allí que don Alfonso no sabe griego: ¿han seguido acaso esos jueces vanos sus estudios personales y callados —y por lo mismo más fructíferos— durante años de la lengua de Homero, de Esquilo, de Platón? Ante el alarde poético de poner a Homero en nuestras manos hispanas y frente a su acendrada probidad literaria, ¿se atreverá alguien a repetir esa leyenda infundada y al final de cuentas impersonal?

<sup>42</sup> "Alfonso Reyes: pequeña crónica desmitificante", *Diálogos*, México, 1974, núm. 58, p. 22.

<sup>43</sup> *Páginas sobre Alfonso Reyes*, t. 2, pp. 190-193.

La cuestión acaso había sido mal formulada, tanto por los detractores como por los defensores del Reyes traductor, y ambos sacaban un poco de proporción las cosas. En vez de preguntarse por el absoluto saber o no saber griego, un arma arrojadiza que se utiliza profusamente en los corrillos de los departamentos de Filología Clásica de todo el mundo, habría que preguntarse para qué saberlo. Si se trata de hacer un comentario —pongamos como ejemplo el comentario del *Heracles* de Eurípides realizado por Wilamowitz o el del *Agamenón* realizado por Fraenkel— el único camino es el dominio de la lengua en todos sus registros, como Wilamowitz exigía, y lo mismo vale para una edición crítica, como, siguiendo con ejemplos berlineses y cercanos a Reyes, la que hizo Werner Jaeger de las obras de Gregorio de Nisa, una de las pocas *editiones principes* del siglo xx. Cualquiera de estas tareas o las similares que realiza un filólogo profesional requieren de un dominio profesional de la lengua. Pero la traducción escapa un tanto a este requisito, pues tiene otro igualmente importante, el dominio de la lengua de llegada. La traducción de clásicos es tarea de filólogos profesionales, pero también lo es de poetas que cuenten con el nivel de lengua suficiente para interpretar correctamente los textos originales, aunque no se dediquen exclusivamente a la traducción. Esto no quiere decir que un poeta, por tener un sentido de la lengua de llegada más fino que el de un filólogo, pueda traducir todo lo que quiera: cada texto y cada traducción son un caso diferente; a veces, la versión indirecta de un escritor que domine la lengua de llegada a un nivel creativo tiene más éxito que la de un filólogo que conozca hasta el último detalle la lengua de origen, y a veces no. Los poemas homéricos, no obstante, son accesibles si se cuenta con los conocimientos estrictamente suficientes y con el material de consulta adecuado, y no es tan difícil como dice Navarro. La biblioteca de Reyes albergaba una cantidad nada desdeñable de obras sobre literatura griega, material de consulta sobre lengua, traducciones modernas y otros materiales, suficientes para acercarse al texto (véase el Apéndice 2); poseer un libro no significa haberlo leído, pero en el caso de Reyes, que anotaba (y citaba) prácticamente cuanto leía, es posible reconstruir, combinando los libros que poseía y los que citaba en su obra, una imagen bastante exacta de sus conocimientos (y querencias) en este campo: la biblioteca de Reyes es una rara mezcla de libros muy especializados acerca de Homero, aquellos que podía po-

seer en ese momento un filólogo bien informado, y libros introductorios y generales; obras de avanzada en los estudios homéricos como las de Woodhouse, Page, Shipp o Young; junto a los manuales de estudiante de Laurand o Reinach.

Lo que sucede es que Reyes nunca pudo ser estudiante de clásicas y aprendió y se especializó, si pudiéramos decirlo así, al mismo tiempo. La enseñanza del griego en la época en que Reyes cursaba preparatoria y licenciatura era muy escasa<sup>44</sup> y él mismo se queja de que “el latín y el griego, por exigencias del programa, desaparecían en un cubileteo de raíces elementales” (*OC*, t. 12, p. 190)<sup>45</sup>. El aprendizaje de Reyes tuvo que ser por lo tanto en su mayor parte autodidacta y debió alcanzar un dominio muy mediano: no era un traductor profesional ni podía enfrentarse a cualquier texto, pero podía leer la *Ilíada* utilizando las traducciones al español, al inglés o al francés a las que tenía acceso. Su aportación como traductor estaba en el nivel de su traslado al español y en la difusión que por medio de éste realizaba. Su papel era desde este punto de vista idéntico al de Lugones. Ambos se sentían llamados a perpetuar la tradición clásica en sus países en un momento en que llamar la atención sobre la helenidad o latinidad de los hispanoamericanos era necesario: Reyes quería dejar claro que la cultura mexicana pertenecía a la tradición clásica con todo derecho aunque hubiera llegado tarde al banquete de la cultura occidental. Es cierto que se extravió a veces en ese propósito de fundación, como lo demuestran los disparates del *Discurso por Virgilio*, plenos de patriotismo latino barato adecuados al gobierno de turno. Pero la generosidad del proyecto es lo que valoraron algunos de los mejores filólogos clásicos de su tiempo, como Werner Jaeger o Ingemar Düring, que testimoniaron su simpatía hacia un escritor de un país un tanto ajeno a los circuitos de la Filología Clásica, preocupado por establecer nexos entre la cultura propia y la tradición grecolatina. Düring, catedrático de Filología Clásica en Gotemburgo, escribió en español un libro completo como homenaje a Reyes en sus cincuenta años

<sup>44</sup> Véase al respecto I. OSORIO, “El helenismo en México: de Trento a los filólogos sensualistas”, *Nova Tellus*, 4 (1986), 63-117, en esp. pp. 106-109, y R. HEREDIA, “Los clásicos y la educación del siglo XIX”, en I. Osorio *et al.*, *La tradición clásica en México*, México, 1991, pp. 169-187.

<sup>45</sup> El escaso material didáctico conservado en la Capilla Alfonsina, que proviene precisamente de esta época, ha sido descrito someramente por E. MEJÍA SÁNCHEZ (introd. a *OC*, t. 19, pp. 7-8).

de literatura<sup>46</sup>. Aunque se trataba de un encargo del Instituto Iberoamericano de Gotemburgo, el afecto de Düring hacia Reyes venía ya de lejos, desde una común estancia en Berkeley. Düring hace una lectura atinada de las obras de Reyes dedicadas a lo clásico, desde las *Cuestiones estéticas* hasta *Libros y librerías en la Antigüedad*, señalando su relación con los textos griegos y las habilidades eruditas y literarias de su autor. Es precisamente la vocación divulgadora de Reyes lo que más admira Düring:

No mora en la solitaria torre de marfil del helenista profesional. Admiramos en sus estudios y ensayos su vitalidad y su maravillosa circunspección... Reyes tiene siempre presente que los modernos pertenecemos a la civilización greco-romana, que el griego es la lengua madre de nuestra cultura y que, en todo eso, sólo unas cuantas generaciones nos separan de los helenos... En sus momentos dichosos, el helenismo de Reyes se percibe como un anhelo de aristocrática perfección, como un *spiritus tenuis Graiae Camenae*.

Werner Jaeger hizo lo mismo en cartas y ensayos, interesándose sobre todo por el hecho de que Reyes no era un profesional de la Filología<sup>47</sup>, y porque en su opinión, gracias a Reyes “el pensamiento mexicano está pasando por su fase helenista, tal como ocurrió durante un tiempo —no lo bastante extenso— en la madre patria, España, por influencia de la Italia renacentista”. Aunque es obvio que Jaeger exageraba, es significativo que atribuyera este renacimiento mexicano a Reyes y a los exiliados españoles. Tanto Düring como Jaeger valoran en Reyes al escritor que tiene la llave para insertar a los clásicos en la cultura en la que vive de una manera completamente diferente, pero complementaria, de la que ellos tienen. La misma impresión, en definitiva, que puede tener un filólogo profesional de hoy al leer a Roberto Calasso.

La influencia de Jaeger en Reyes es evidente. Del sucesor de Wilamowitz en la Cátedra de Berlín a la inaudita edad de treinta y cinco años, exiliado después en los Estados Unidos, obtuvo Reyes una visión de la antigüedad clásica como fundamento de los mejores valores de Occidente y como elemento educador,

<sup>46</sup> *Alfonso Reyes, helenista*, Madrid, 1955.

<sup>47</sup> Carta de W. Jaeger en *Páginas sobre Alfonso Reyes. Edición de Homenaje*, Monterrey, 1955, pp. 445-447, y “Un asidero en el mundo”, *Gaceta del F.C.E.*, México, 1989, núm. 220, 77-80.

que se trasluce en todas las obras de divulgación de su última etapa. Para Jaeger<sup>48</sup>, el eje del mundo griego es la continuidad de una forma educativa, de un ideal de hombre cifrado en la *paideia* platónica. Jaeger resumía una larga corriente de filólogos para los que la cultura occidental es la prolongación de lo griego y para los que, por lo tanto, los clásicos están muy cercanos al mundo contemporáneo y sus problemas. Un humanismo abarcador un tanto inmanentista al que las diferencias históricas no preocupaban demasiado, perfectamente comprensible en los años que siguieron a la segunda guerra, y que probablemente pecó de ingenuo pero no de indiferente. A este humanismo clásico se adscribió Reyes con mayor conocimiento de causa que Lugones, y a estas ideas obedece el trabajo de su última etapa, llena de obras difusoras de lo clásico, la traducción de la *Ilíada* incluida. Jaeger articula, pues, en un discurso especializado las ideas con las que Reyes trataba intuitivamente desde los años treinta, como señala Rafael Moreno<sup>49</sup>: “Alfonso Reyes pudo, por la década del 30, cuando las generaciones se educaban al grito de *nada tengo de común con la historia*, insistir en que la ley de la continuidad era la ley de la cultura”.

En definitiva, la versión de la *Ilíada* de Reyes pertenecía a este ensayo de fortalecimiento de la cultura hispanoamericana a la que se vieron encaminados también otros contemporáneos suyos, herederos todos en última instancia de Darío. Es parte del “trabajo” del escritor hispanoamericano, como lo define bien Adolfo Castañón<sup>50</sup>:

El erudito como vidente es representativo del papel que toca a los escritores americanos en el concierto de las literaturas europeas. Asimilarnos asimilando: pertenezco a lo que me interesa. Lo mejor de la cultura occidental hallaría su desenlace en ese peculiar modo

<sup>48</sup> De entre los trabajos dedicados a los aportes de Jaeger señalo sobre todo dos extensas notas necrológicas: J. S. LASSO DE LA VEGA, “Werner Jaeger”, *Estudios Clásicos*, Madrid, 37 (1962), 30-47, y A. FONTÁN, “Werner Jaeger: filología y humanismo”, *Atlántida*, Madrid, 3 (1963), 313-325. Más reciente e igualmente memorable es la biografía presentada por W. M. CALDER en *Classical scholarship. A biographical encyclopedia*, eds. W. W. Briggs & W. M. Calder, New York, 1990, pp. 211-226.

<sup>49</sup> “El humanismo pedagógico y moral de Alfonso Reyes”, *Filosofía y Letras*, México, 1958, núm. 32, p. 39.

<sup>50</sup> *Alfonso Reyes, caballero de la voz errante*, México, 1988, p. 29. En este sentido, véase también A. CAICEDO PALACIOS, “El humanismo en Reyes”, en *Variaciones en torno a Alfonso Reyes*, Villahermosa, México, 1989, pp. 64-74.

de la traducción propuesto por el mexicano. Se trataba ni más ni menos de escenificar de nueva cuenta los mitos y representaciones con un ‘alma mexicana’. Era esa la manera de transmutar la brutalidad nacional e imprimirle sentido... Pero emplear la utilería clásica para traducir una experiencia propia era algo más que una moda o un proyecto literario. En la ecuación mexicano universal se concentran también una estrategia y una política culturales, una concepción del escritor y de sus públicos.

Ahora mismo ya parece lejano el tiempo en que Méndez Plancarte tenía que hacer una defensa exaltada de la latinidad mexicana y del derecho de Reyes a participar de la tradición clásica<sup>51</sup>:

Yo pienso que todo el que sepa ver bajo la corteza y tomarle el pulso a México, advertirá en sus venas el latido profundo de la sangre espiritual de la Hélade y de Roma. No me cansaré de repetir que el árbol de nuestra cultura, cuatro veces secular, tiene dos raíces vitales: la indígena y la hispana, y que a través de la hispana, sube hasta nosotros la savia siempre joven de la inmortal cultura grecolatina... Quien como Alfonso Reyes, se esfuerza por penetrar en una de nuestras raíces profundas... lejos de ser un descastado, es un buen hijo de México.

Parte del mérito de que ahora este discurso nos parezca lejano es de Reyes, como otra parte corresponde a la tradición eclesiástica de la que derivaban los miembros de *Ábside* y exiliados como Millares Cario, Gaos, Roces, García Bacca o González de la Calle. Reyes quería ser recordado como uno de ellos y como el escritor culto que se mantiene vivo entre los vaivenes de la historia. Ésa es la imagen de sus últimos años. A ello contribuyen las fotografías entre libros en la biblioteca, los ensayos estrictamente de divulgación sobre la cultura clásica, los encuentros y las conversaciones. Es revelador el relato de Octavio Paz sobre su último encuentro con Reyes<sup>52</sup>:

Admirable prueba de salud moral: en una época sorda a fuerza de gritar, un hombre enfermo, encerrado en su biblioteca, casi

<sup>51</sup> *Páginas sobre Alfonso Reyes*, t. 1, p. 572.

<sup>52</sup> “El jinete del aire: Alfonso Reyes”, en *Puertas al campo*, México, 1966 (*Obras completas*, México, 1994, t. 4, pp. 226-233). El ensayo se encuentra en la primera parte, *Literatura de fundación*.

sin esperanzas de ser oído, se inclina sobre un texto olvidado y pesa imágenes y pausas, ritmos y silencios, en una delicada balanza verbal. Ante un mundo que ha perdido casi completamente el sentimiento de la forma, al grado que la frase hecha, después de conquistar periódicos, parlamentos y universidades, se convierte en el medio de expresión favorito de poetas y novelistas (¡y todo esto en nombre de la “responsabilidad del escritor”!, para emplear la jerga contemporánea) el amor de Reyes al lenguaje, a sus problemas y sus misterios, es algo más que un ejemplo: es un milagro. Pocas veces vi a Reyes tan lúcido, tan claro y relampagueante, tan osado y tan reticente y, en una palabra, tan vivo, como aquella noche en que me hablaba, entre una y otra toma de oxígeno, de las delicias y los peligros de Licofrón y Gracián.

Juzgar los años homéricos de Reyes, y dentro de ellos su versión parcial de la *Ilíada*, sin tomar en cuenta este contexto y estas influencias es por lo menos una omisión, si no una injusticia. Reyes no dominaba el griego como un filólogo clásico, pero dominaba el español como pocos lo han hecho y, lo más importante, era capaz de insertar su trabajo sobre literatura griega, humilde y disperso si se quiere, de cazador furtivo, como él lo definía<sup>53</sup>, en el contexto amplio de la cultura mexicana e hispánica.

LUIS ARTURO GUICHARD  
Universidad de Salamanca

<sup>53</sup> “*Pro domo sua*”, en *Anecdotario* (OC, t. 23, pp. 318-325): “Me avergüenzo cada vez que se me llama «helenista», porque, como ya lo he explicado, mi helenismo es una vocación de cazador furtivo; aunque creo que los cazadores furtivos, los que entran en los cotos cerrados y merodean en tiempo de veda, suelen cobrar las piezas mejores... No me avergüenzo de que se me llame «humanista», porque hoy por hoy humanista casi ha venido a significar persona decente en el orden del pensamiento, consciente de los fines y de los anhelos humanos”. La idea procede cuando menos de 1943, cuando Jaeger lo invita a participar en el *Festschrift* de A. Schweitzer; Reyes responde (carta del 26 de noviembre de 1943): “Yo no soy un verdadero especialista en Filología Clásica; mi viaje a través de este campo es el de un cazador furtivo que anda procurando robarse lo que le conviene para su casa, es decir, para mis personales teorías sobre literatura”.

## APÉNDICE 1

*ILIADA*, VI, 405-420 Y 466-484Eds. E. B. Monro & T. W. Allen (1920<sup>54</sup>)

Ἄνδρομάχη δέ οἱ ἄγχι παρίστατο δάκρυ χέουσα,  
 ἐν τ' ἄρα οἱ φῦ χειρὶ ἔπος τ' ἔφατ' ἕκ τ' ὀνόμαζε·  
 δαμόνιε, φθίσει σε τὸ σὸν μένος, οὐδ' ἐλεαίρεις  
 παῖδά τε νηπίαχον καὶ ἔμ' ἄμμορον, ἢ τάχα χήρη  
 σεῦ ἔσομαι· τάχα γάρ σε κατακτανέουσιν Ἀχαιοὶ  
 πάντες ἐφορμηθέντες· ἐμοὶ δέ κε κέρδιον εἶη  
 σεῦ ἀφαιμαρτούση χθονὴ δύμεναι· οὐ γάρ ἔτ' ἄλλη  
 ἔσται θαλπωρὴ, ἐπεὶ ἂν σὺ γε πότμον ἐπίσπης,  
 ἀλλ' ἄχε'· οὐδέ μοι ἔστι πατήρ καὶ πότνια μήτηρ.  
 ἦτοι γὰρ πατέρ' ἄρῃον ἀπέκτανε διὸς Ἀχιλλεύς,  
 ἐκ δὲ πόλιν πέρσεν Κιλικῶν εὐνοιατεύουσαν  
 Θήβην ὑψίπυλον· κατὰ δ' ἔκτανεν Ἡετίωνα,  
 οὐδέ μιν ἐξενάριξε, σεβάσσατο γὰρ τό γε θυμῷ,  
 ἀλλ' ἄρα μιν κατέκρη σὺν ἔντεσι δαιδαλέοισιν  
 ἠδ' ἐπὶ σῆμ' ἔχεεν· περὶ δὲ πτελέας ἐφύτευσαν  
 νύμφαι ὄρεστιάδες κοῦραι Διὸς αἰγιόχοιο. [...] ὦς  
 εἰπὼν οὐ παιδὸς ὀρέξατο φαίδιμος Ἔκτωρ·  
 ἂψ δ' ὁ πάϊς πρὸς κόλπον εὐζώνοιο τιθήνης  
 ἐκλίνθη ἰάχων, πατρὸς φίλου ὄψιν ἀτυχθεὶς,  
 ταρβήσας χαλκὸν τε ἰδέεσθαι ἰπιοχαίτην,  
 δεινὸν ἂπ' ἀκροτάτης κόρυθος νεύοντα νοήσας.  
 ἐκ δὲ γέλασσε πατήρ τε φίλος καὶ πότνια μήτηρ·  
 αὐτίκ' ἀπὸ κρατὸς κόρυθ' εἴλετο φαίδιμος Ἔκτωρ,  
 καὶ τὴν μὲν κατέθηκεν ἐπὶ χθονὶ παμφανόωσαν·  
 αὐτὰρ ὅ γ' ὄν φίλον υἱὸν ἐπεὶ κύσε πῆλὲ τε χερσίν,  
 εἶπε δ' ἐπευξάμενος Δί τ' ἄλλοισιν τε θεοῖσι·  
 Ζεῦ ἄλλοι τε θεοὶ, δότε δὴ καὶ τόνδε γενέσθαι  
 παῖδ' ἐμόν, ὡς καὶ ἐγὼ περ, ἀριπρεπέα Τρώεσσιν,  
 ὧδε βίην τ' ἀγαθόν, καὶ Ἰλίου ἴφι ἀνάσσειν·  
 καὶ ποτὲ τις εἴποι πατρός γ' ὅδε πολλὸν ἀμείνων  
 ἐκ πολέμου ἀνιόντα· φέροι δ' ἔναρα βροτόεντα  
 κτείνας δῆϊον ἄνδρα, χαρεῖη δὲ φρένα μήτηρ.  
 ὦς εἰπὼν ἀλόχοιο φίλης ἐν χερσίν ἔθηκε  
 παῖδ' ἐόν· ἦ δ' ἄρα μιν κηώδει δέξατο κόλπω  
 δακρυόεν γελάσασα. [...]

<sup>54</sup> Reyes tradujo en parte y adaptó esta obra para su Archivo, serie D 5, bajo el título *Troya*, en 1954; ahora está en *OC*, t. 19, pp. 115-179.

IGNACIO GARCÍA MALO (1788)

Estaba cerca de él su esposa amada  
 Lleno el rostro de lagrimas copiosas:  
 De la mano le coge, y suspirando  
 Con voz interrumpida así le dice:  
 «¡Oh príncipe valiente y animoso!  
 «¡Ay de mí! ¡tu valor será tu muerte!  
 «Tú no tienes piedad de tu hijo infante,  
 «Ni de tu esposa triste é infelice,  
 «Que pronto será viuda, pues los Griegos  
 «Invadiendote todos juntamente  
 «La muerte te daría. ¡Ay de mí triste!  
 «¡Quanto mejor sería que la tierra  
 «Ahora que me abandonas me tragase!  
 «Después que yo te pierda, esposo mío,  
 «No habrá ya mas consuelo ni alegría  
 «Para mí, sino penas y aflicciones.  
 «Sin padre estoy ni madre venerable,  
 «Pues dió muerte á mi padre el noble Aquiles,  
 «Que arruinó la ciudad de Cilicienses,  
 «Thebas célebre y alta de anchas puertas:  
 «Sí, dió muerte á Etion, pero no tuvo  
 «Valor de despojarlo por respeto  
 «Solo á la Religion, y con sus armas  
 «En una honrosa pira hizo quemarlo,  
 «Y le erigió un sobervio mausoléo,  
 «Y unos Olmos plantaron en contorno  
 «Las Orestíades ninfas que son hijas  
 «De Júpiter armado con su Egida» [...]

Despues que habló el gran Héctor de esta suerte  
 Con los brazos abiertos fue á su hijo.  
 Mas el niño volviendo la cabeza  
 Se recostó en el seno de su ama  
 Asustado al aspecto de su padre,  
 Al acero temiendo, y al penacho  
 Que ondeaba en el yelmo horriblemente.  
 El padre y venerable madre entonces  
 Al verle se sonrién, y al instante  
 Héctor se quita el yelmo refulgente  
 De su cabeza, y lo depone en tierra.  
 Mas despues que besó á su amado hijo,  
 Y le agitó en las manos levemente,  
 A Jove y demás Dioses así dice:  
 «¡Oh Jove y altos Dioses sempiternos!  
 «Permitid que mi hijo tan querido  
 «Siguiendo mis ejemplos y mis pasos  
 «Célebre venga á ser entre los Teucros:  
 «Que en el valor me imite: que algun día

«Llégue á ser de Ilión Rey poderoso:  
 «Que diga alguno al verle en otro tiempo  
 «Retornar victorioso de la guerra:  
 «*Mucho mas fuerte es éste que su padre;*  
 «Y que dando la muerte á su enemigo  
 «Se trayga los despojos sanguinosos,  
 «Dando con sus troféos y victoria  
 «Mucho gozo á su madre, y grande gloria».  
 Luego que dixo así, puso en los brazos  
 De su querida esposa su hijo infante,  
 Y ella recibió al niño lagrimoso  
 En su fragante seno con sonrisa.

JOSÉ GÓMEZ HERMOSILLA (1831)

Y Andrómaca, acercándose afligida,  
 lágrimas derramaba. Y al esposo  
 asiendo de la mano y por su nombre  
 llamándole, decía acongojada.  
 «Infeliz! tu valor ha de perderte:  
 «ni tienes compasion del tierno infante,  
 «ni de esta desgraciada que muy pronto  
 «en viudez quedará; porque los Griegos,  
 «cargando todos sobre tí, la vida  
 «fieros te quitarán. Mas me valiera  
 «descender á la tumba, que privada  
 «de tí quedar; que si á morir llegases,  
 «ya no habrá para mí ningun consuelo,  
 «sino llanto y dolor. Ya no me quedan  
 «tierno padre ni madre cariñosa.  
 «Mató al primero el furibundo Aquiles,  
 «mas no le despojó de la armadura  
 «aun saqueando á Teba, que á los dioses  
 «temía hacerse odioso. Y el cadáver  
 «con las armas quemando, á sus cenizas  
 «una tumba erigió; y en torno de ella  
 «las ninfas que de Júpiter nacieron,  
 «las Oréades, á lamos plantaron» [...]   
 Así decia, y alargó la mano  
 para tomar en brazos al infante.  
 Pero asustado el niño, sobre el pecho  
 de la nodriza se arrojó gritando,  
 porque al ver la armadura refulgente,  
 y la crin de caballo que terrible  
 sobre la alta cimera tremolaba,  
 se llenó de pavor. Su tierno padre  
 y su madre amorosa se reian,  
 y el héroe se quitó de la cabeza

el casco reluciente; y en el suelo  
 poniéndole, en sus brazos al infante  
 tomó y acarició. Y el dulce beso  
 imprimiendo en su cándida mejilla,  
 esta plegaría al soberano Jove  
 dirigió y á los inmortales:  
 «Padre Jove! y vosotras bienhadadas  
 «deidades del Olimpo! Concededme  
 «que mi hijo llegue á ser tan esforzado  
 «como yo, y á los Teucros aventaje  
 «en fuerzas y valor, y que algun día  
 «sobre Ilión impere poderoso;  
 «y que al verle volver de las batallas,  
 «trayendo por despojo en sangre tinto  
 «el arnes de un guerrero á quien la vida  
 «el mismo haya quitado, diga alguno:  
 «*Este es más valeroso que su padre;*  
 «Y Andrómaca se alegre al escucharlo».

Así dijo, y en manos de su esposa  
 al niño puso; y la doliente madre,  
 mezclando con sus lágrimas la risa,  
 le recibió en el seno que fragancia  
 despedía suave.

GUILLERMO JÜNEMANN (1902)

Andrómaca, llorando,  
 aproximóse, asió la mano de Héctor  
 y exclamó: «¡Cruel tú, que osado buscas  
 la muerte y que piedad del tierno niño  
 no tienes, ni piedad de mí, infelice,  
 que pronto viuda me veré! Ya viene,  
 ya te oprime la aquiva muchedumbre;  
 te mata! y muerto tú, yo solitaria,  
 mejor me está dormirme so la tierra,  
 que para mí, si al hado tú sucumbes,  
 no habrá solaz, habrá tan sólo llanto.  
 No tengo padre yo, mi regia madre  
 murió también. El rutilante Aquiles  
 mató a mi padre; Tebas, la cilicia,  
 de erguidas puertas, plácidos hogares,  
 mudó en escombros; dió a su rey la muerte.  
 Pero, aterrado, las pintadas armas  
 no le quitó; con ellas en la pira  
 quemóle, y en redor de su sepulcro  
 levantó funerario monumento.  
 Y las oreas, del Tonante prole,  
 olmos brotar en torno de él hicieron» [...]

Dijo y tendió los brazos a su niño  
 el fúlgido Héctor. Mas aquél, gritando,  
 de la nutriz, de bella ceñidura,  
 al seno se volvió; del caro padre  
 le atemoró la faz, del bronce el lampo  
 y del morrión las crines, que medrosas  
 en la cimera altísima volaban.  
 Y el padre amante rió; rió la alta madre.  
 Quitóse presuroso el fúlgido Héctor  
 su claro yelmo; lo depuso en tierra;  
 cogio, besando, a su querido niño,  
 alzóle en brazos y rogó al Saturnio  
 y a las deidades inmortales todas:  
 «¡O Jove y demás dioses, dad que sea,  
 cual yo, el primero en la dardania gente  
 aqieste niño mío; dad que grande,  
 cual yo, en Ilión, y poderoso impere.  
 Porque, al tornar, orgullo de su madre,  
 con sangriento botín desde la lucha,  
 decir alguno pueda de él un día:  
 Eclipsa el hijo la paterna gloria».  
 Así diciendo, de la esposa amada  
 puso en las manos al infante, y ella,  
 riendo a través del llanto, recostólo  
 en el fragante seno.

LUIS SEGALÁ (1908)

Andrómaca, llorosa, se detuvo a su vera, y asiéndole de la mano, le dijo:  
 «¡Desgraciado! Tu valor te perderá. No te apiadas del tierno infante ni  
 de mí, infortunada, que pronto seré viuda; pues los aqueos te acometerán  
 todos a una y acabarán contigo. Preferible sería que, al perderte, la  
 tierra me tragara, porque si mueres no habrá consuelo para mí, sino pesares;  
 que ya no tengo padre ni venerable madre. A mi padre matóle el divino  
 Aquiles cuando tomó la populosa ciudad de los cilicios, Tebas, la de  
 altas puertas: dio muerte a Etión, y sin despojarle, por el religioso temor  
 que le entró en el ánimo, quemó el cadáver con las labradas armas y le  
 erigió un túmulo, a cuyo alrededor plantaron álamos las ninfas Oréades,  
 hijas de Júpiter, que lleva la égida» [...] Así diciendo, el esclarecido  
 Héctor tendió los brazos a su hijo, y éste se recostó, gritando, en el  
 seno de la nodriza de bella cintura, por el terror que el aspecto de su  
 padre le causaba: dábanle miedo el bronce y el terrible penacho de crines  
 de caballo, que veía ondear en lo alto del yelmo. Sonriéronse el padre  
 amoroso y la veneranda madre. Héctor se apresuró a dejar el relfulgente  
 casco en el suelo, besó y mecío en sus manos al hijo amado, y rogó así  
 a Júpiter y a los demás dioses: «¡Júpiter y demás dioses! Concededme  
 que este hijo mío sea, como yo, ilustre entre los teucros y muy esforzado;  
 que reine poderosamente en Ilión; que digan de él cuando

vuelva de la batalla: *¡es mucho más valiente que su padre!*; y que, cargado de cruentos despojos del enemigo a quien haya muerto, regocije de su madre el alma». Esto dicho, puso el niño en los brazos de la esposa amada, que al recibirlo en el perfumado seno sonreía con el rostro todavía bañado en lágrimas.

#### LEOPOLDO LUGONES (1915-1924)

Andrómaca, llorosa, detúvose a su lado  
de su mano asiéndose, díjole: «Infortunado,  
Tu valor va a perderte, y en tanto no te apiadas  
Ni de tu hijo chiquito, ni de mí, desdichada,  
Que seré tu viuda pronto, pues sobre ti  
Caerán los Aqueos para inmolarte así.  
Privada de tu apoyo, morir será mi anhelo,  
Que tu muerte dejaráme un dolor sin consuelo.  
Ya mi padre no existe, mi augusta madre es muerta.  
Mató a mi padre Aquiles, asoló la poblada  
Ciudad de los cilicios, Tebas la de altas puertas,  
Mas no despojó a Eecion; antes bien, compungido,  
Quemólo con sus armas y un túmulo ha erigido,  
Que de álamos cercaron las ninfas Orcades  
Hijas de Zeus Portaégida» [...]  
Dice; y tiende sus brazos al niño; mas, gritando,  
Estréchase éste al seno de la apuesta nodriza,  
Pues lo asusta su tierno padre al irse allegando,  
Con el bronce y la mata de crin que tremolando  
En el timbre del yelmo, fieramente se riza.  
Padre y madre sonríen, y el bravo Héctor se quita  
El centelleante casco, que en tierra deposita.  
Besa luego al infante y en su brazos lo mece,  
Y a Zeus y demás dioses dirige así sus preces:  
«¡Oh Zeus y demás dioses, haced que mi hijo un día,  
Cual yo entre los troyanos, sea fuerte y glorioso!  
Que sobre Ilión se vea reinando poderoso,  
Y en los combates digan de él por su bazaría:  
«Pero éste vale más que su padre». Cuando  
Vuelva con los sangrientos despojos de un guerrero,  
El alma de su buena madre regocijando».  
Dice así y en los brazos de la querida esposa  
Depone al pequeñuelo, que ella en su perfumado  
Seno acoge, sonriendo todavía llorosa.

#### JOSÉ MARÍA AGUADO (1935)

Andrómaca se le puso cerca, derramando lágrimas,  
la mano le da, saludale por su nombre y así le habla:

¡Maligno! Tu valentía te mata; ni compadeces  
 al niño balbuceante ni a mí de hados bien crueles  
 viuda de tí, porque pronto los aqueos te darán muerte,  
 cayendo todos a una; y a mí fuera mejor suerte  
 falta de tí, bajar a la sepultura: pues no tiene  
 para mí, si tú sucumbes, la vida algún aliciente,  
 sino pesares. No tengo ni padre, ni madre quedame,  
 pues a nuestro padre, Aquiles divino daba la muerte  
 —de los cilicios la populosa ciudad acomete  
 Tebas, puertas alta, donde dió a su rey Etión la muerte:  
 pero no le despojara, por respeto que le tiene,  
 mas con sus armas fébridas cremábale en pira ingente,  
 y un túmulo levantóle, donde las ninfas oréades  
 de Zeus egidifer hijas, bosque de pinos tejieronle— [...]
 Así decía; y al niño tendió el noble Héctor los brazos.  
 Y al seno de la nodriza, talle esbelto, huyó gritando  
 el niño, de la apariencia del mismo padre asustado,  
 por temor del bronce y de la caballar crin del penacho,  
 que horrenda, sobre la cima del yelmo, vía ondeando.  
 Sonreía el mismo padre y augusta madre del caso.  
 Quitaba enseguida el noble Héctor de su testa el casco,  
 que sobre el suelo dejaba, grandemente fulgurando.  
 Y una vez que al hijo suyo besó y meció entre sus brazos  
 a Zeus y demás dioses así decía rogando:  
 ¡Oh Zeus y demás dioses! Haced que este niño mío  
 sea superior a todos los troyanos, cual yo he sido,  
 y así bueno por su vida que en Ilión reine caudillo;  
 y alguno diga: *Con mucho mejor es que el padre mismo,*  
 cuando de la guerra vuelva, con las armas de un caudillo  
 muerto por él; y al materno corazón dé regocijo.  
 Dijo; y en las manos puso de la mujer bien amada  
 al niño; y en el regazo mullido ella le estrechaba.  
 y lloraba y sonreía.

LEOPOLDO LÓPEZ ÁLVAREZ (1937)

Andrómaca llorando y oprimiendo  
 la mano de su esposo, así le dijo:  
 «¡Te pierde tu valor, mi pobre Héctor!  
 No tienes compasión de nuestro niño,  
 que huérfano será, ni de mi pecho  
 pronto vacío, porque sé que todos  
 caerán sobre tí en ardimento.  
 Ay! Ansío morir antes que mueras,  
 que después no hallaré ningún consuelo.  
 Nadie me queda sino tú; a mi padre  
 Aquiles ultimó sin miramiento,  
 cuando entró en la ciudad de los Cilicios,

rica Tebas, de pórticos esbeltos.  
 Mas, con temor piadoso no fue osado  
 de quitar los despojos al Rey muerto;  
 le quemó con sus armas esplendentes,  
 y un cenotafio le erigió opulento,  
 y en derredor encinas le sembraron  
 las Oréades, hijas del Supremo  
 que egida lleva» [...]
   
 Y sus brazos tendió hacia el pequeñuelo,  
 quien llorando espantado y temeroso,  
 de la nodriza se ocultó en el seno;  
 que alguna fiera parecía el hombre,  
 su sangre, el polvo, el bronce daban miedo,  
 más que todo las crines del penacho  
 que ondulaban muy altas en el yelmo.  
 Sonreídos los padres amorosos,  
 dejó el casco luciente allá en el suelo,  
 y tomando a su hijo entre los brazos,  
 meciéndole y llenándole de besos,  
 oró a Jove y a todas las deidades:  
 «Júpiter, Dioses del fulgente cielo!  
 Dadme que mi hijo sea entre los Teucros  
 ilustre como yo, muy esforzado;  
 que en Troya tenga su poder y reino;  
 que al regresar de combatir le digan:  
 Más que su padre es fuerte en los encuentros.  
 Que su madre, testigo de su gloria,  
 se gloríe de un hijo tan excelso».
   
 Y al niño puso en manos de su esposa,  
 que al arrullarle en el fragante seno,  
 sonreía llorando.

ALFONSO REYES (1951)

Andrómaca llorosa se detuvo a su lado,  
 y dijo sacudiendo la mano del varón:  
 —¡Ciego! ¡Tu mismo arrojó te perderá sin duda!  
 ¿No temes por tu huérfano ni te apiada tu viuda,  
 si en tumulto los dánaos se arrojan contra ti?  
 ¡Trágueme antes la tierra si ese ha de ser tu sino!  
 Muerto tú, sólo habrá dolor en mi camino.  
 Mis venerados padres... ya ves que los perdí.  
 Eetión cayó al empuje de Aquiles el divino,  
 que abrió las altas puertas de Tebas, mi ciudad,  
 y diezmó a los cilicios. Mas tuvo aún piedad:  
 no arrebató a mi padre las regias armaduras,  
 antes dió su cadáver y sus armas al fuego  
 y le alzó digno túmulo; y allí las ninfas luego,

hijas del Porta-Égida que pueblan la espesura,  
 rodearon de álamos el sitio funeral [...]  
 Y el claro Héctor tiende las manos a su hijo,  
 que grita amedrentado, procurando el cobijo  
 de la galana esclava de la gentil cintura.  
 Le espanta ver al padre ceñido en la armadura,  
 lo asusta el bronce, el hopo de crines que ondeaba  
 terrible sobre el yelmo. Y ambos ríen a una,  
 el amoroso padre, la madre venerada.  
 Deja Héctor por el suelo su casco refulgente,  
 al tierno niño besa y en sus brazos lo cuna  
 y a Zeus y a los dioses levanta la mirada:  
 –¡Zeus y demás dioses! –dice–. Otorgad clementes  
 que el hijo mío sea como su padre ha sido,  
 campeón escogido y orgullo de su gente;  
 que poderoso reine sobre la vasta Ilión;  
 que cuando vencedor vuelva de la pelea,  
 digan todos al verlo: “Vale más que el varón  
 a quien debe la vida”, y al botín que acarrea  
 con los restos cruentos del que supo vencer,  
 el alma de su madre se encienda de placer!  
 Dice, y al hijo en brazos de la madre confía.  
 Fragante el seno, ella lloraba y sonreía.

## APÉNDICE 2

### SOBRE LA BIBLIOTECA HOMÉRICA DE REYES

En este apéndice se enlistan las principales obras sobre Homero citadas por Reyes en sus escritos, la mayoría de las cuales se conservan en su biblioteca. Puesto que la reciente publicación de las *Obras completas* de Alfonso Reyes en soporte informático facilitará a partir de ahora la localización de este tipo de material, me parece que no tiene sentido consignar aquí todas las obras sobre Homero citadas en alguna ocasión por Reyes. Me limito a obras especialmente apreciadas por el autor, en las que está basada su idea de Homero. Cuando el libro, además de ser citado en las obras de Reyes, se conserva en la biblioteca, lo señalo con un asterisco y anoto entre corchetes el número que le corresponde en el catálogo mecanográfico de la Capilla Alfonsina. Los libros sin asterisco son aquellos que se conservan en la biblioteca pero no son citados por Reyes, la mayoría de los cuales pertenecen al período de sus estudios sobre crítica literaria y retórica griegas. Se excluye un gran número de obras sobre civilización, historia, ciencia, arte y otros aspectos de la cultura griega que no están relacionadas directamente con los poemas homéricos, consignando sólo algunos manuales a los que Reyes recurría continuamente.

## EDICIONES Y TRADUCCIONES

- \* ALEGRE, F. X., *Homèri Ilias latino carmine expressa*, Roma, 1788 [29590].
- \* BÉRARD, V., *L'Odysée. Poésie homérique*, Paris, 1924 [09785].
- GARCÍA MALO, I., *La Iliada de Homero, traducida del griego en verso castellano*, Madrid, 1788 [19996].
- HUMBERT, J., *Homère, Hymnes*, Paris, 1936 [19618].
- \* LEEUWEN, J. VAN, *Ilias*, Leiden, 1912.
- LUGONES, L., *La funesta Helena*, Buenos Aires, c. 1924 [09950].
- , *Nuevos estudios helénicos*, Buenos Aires, 1928 [10132].
- , *Obras poéticas completas*, Madrid, 1948 [7025].
- \* MAZON, P. et al., *Homère, Iliade*, Paris, 1937-1938 [09724; 10135].
- MENA, JUAN DE, *La Yliada en romance*, Barcelona, 1949 [09906].
- \* MONRO, D. B., *Homer. Iliad, with an introduction, a brief Homeric grammar and notes*, Oxford, 1945-1949 [09968].
- \* MURRAY, A. T., *The Iliad, with an English translation*, London-Cambridge, Mass., 1937 [10245].
- \* PÉREZ, GONZALO, *Ulyxea*, Madrid, 1767 [20009].
- RIBA, C., *Homer. L'Odisea*, Barcelona, 1953 [09980].
- \* SEGALÁ Y ESTALELLA, L., *Obras completas de Homero*, Barcelona, 1927 [09905].

## SOBRE HOMERO EN GENERAL

- \* ALLEN, T. W., *The Homeric catalogue of ships*, Oxford, 1921.
- \* BAKER, G., *Paris of Troy*, Chicago, 1947 [09748].
- BASSET, S. E., *The poetry of Homer*, Berkeley, 1938.
- \* BÉRARD, V., *Les navigations d'Ulysse*, t. 1: *Ithaque et la Grèce des Achéens*, Paris, 1927 [09658].
- \* —, *Introduction a l'Odysée*, Paris, 1924 [09734].
- \* —, *La résurrection d'Homère*, t. 1: *Au temps des héros*, t. 2: *Le drame épique*, Paris, 1930 [09726-09727].
- , *Tables odysseennes*, Paris, 1932 [09977].
- \* —, *Dans le sillage d'Ulysse. Album odysseén*, Paris, 1933 [09910].
- BESPALOFF, R., *On the Iliad*, New York, 1948 [09713].
- \* BOWRA, C. M., *Tradition and design in the Iliad*, Oxford, 1930 [19678].
- , *Problems in Greek poetry*, Oxford, 1953 [19904].
- , *Homer and his forerunners*, Edinburgh, 1955 [09809].
- BUFFIÈRE, F., *Les mythes d'Homère et la pensée grecque*, Paris, 1956 [09815].
- BUTLER, S., *The authoress of the Odyssey*, London, 1898.
- CAPELLO, F., "La Iliada", *Revista de Estudios Clásicos*, 1 (1944), 33-45.
- CAUER, P., *Grundfragen der Homerkritik*, Leipzig, 1923<sup>3</sup>.
- GUILLANDRE, J., *La droite et la gauche dans les poèmes homériques en concordance avec la doctrine pythagoricienne et avec la tradition celtique*, Paris, 1943 [09715].
- \* DELCOURT, M., *Légendes et cultes de héros en Grèce*, Paris, 1942 [09778].
- \* DIEPGEN, P., *Geschichte der Medizin*, t. 1: *Altertum*, Berlin, 1913.
- \* DODDS, E. R., *The Greeks and the irrational*, Berkeley, 1951 [09754].
- EUGENE, T., *Études homériques*, Paris, 1923 [19686].

- \* GAYA NUÑO, B., *Minoiká*, Madrid, 1952 [09855].  
 GERMAIN, G., *Homère et la mystique des nombres*, Paris, 1954 [09867].  
 —, *Genèse de l'Odysée. Le fantastique et le sacré*, Paris, 1954 [09925].  
 GOMME, A. W., *The Greek attitude to poetry and history*, Berkeley, 1954 [1906].
- \* JAEGER, W., *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, México, 1942-1945 [09829].  
 JOHNSON, E., *Return to Ithaca. The Odyssey retold as a modern novel*, London, 1952 [09704].  
 LABARBE, J., *L'Homère de Platon*, Liège, 1949 [19610].  
 LORIMER, H. L., *Homer and the monuments*, London, 1950 [10232].  
 MACKAY, L. A., *The wrath of Homer*, Toronto, 1948 [09951].
- \* MIREAUX, E., *Les poèmes Homériques et l'histoire grecque*, t. 1: *Homère de Chios et les routes de l'étain*, Paris, 1948 [09992].  
 —, *La vie quotidienne au temps d'Homère*, Paris, 1954 [09993].  
 MÜLDER, D., *Der wahre grosse und unvergängliche Homer*, t. 1: *Die Odyssee*, Leipzig, 1935.
- \* MURRAY, G., *The rise of the Greek epic*, Oxford, 1911 [10148].  
 —, *Greek poetry and life*, Oxford, 1936 [19931].  
 —, *Greek studies*, Oxford, 1947 [10146].
- \* OUVRÉ, H., *Les formes littéraires de la pensée grecque*, Paris, 1900.
- PAGE, D. L., *The Homeric Odyssey*, Oxford, 1955 [19600].
- \* POCOCK, L. G., *The Sicilian origin of the Odyssey. A study of the topographical evidence*, Wellington, 1957 [09846].  
 RUTHEFORD, W. G., *A chapter in the history of annotation*, London, 1905.  
 SAMTER, E., *Volkskunde im altsprachlichen Unterricht*, t. 1: *Homer*, Berlin, 1923.
- \* SARTIAUX, F., *Troie. La Guerre de Troie et les origines préhistoriques de la question d'Orient*, Paris, 1915.  
 SHIPP, G. P., *Studies in the language of Homer*, Cambridge, 1953 [10014].  
 SHITMAN, C. FL., *Homer and the heroic tradition*, Cambridge (Mass.), 1958 [09921].  
 SORTAIS, G., *Ilias et Iliade*, Paris, 1892 [20542].  
 STANFORD, W. B., *The Ulysses theme. A study of the adaptability of a traditional hero*, Oxford, 1954 [10006].  
 VELLAY, C., *Les légendes du cycle troyen*, Monaco, s. a., 2 ts. [10549].  
 —, *Les nouveaux aspects de la question de Troie*, Paris, 1930 [10577].
- \* WACE, A. J., *Mycenae. An archaeological history and guide*, Princeton, 1949 [19753].  
 WADE-GERY, H. T., *The poet of the Iliad*, Cambridge, 1952 [10771].
- \* WOODHOUSE, W. J., *The composition of Homer's Odyssey*, Oxford, 1930 [09919; 19677].
- \* YOUNG, A. M., *Troy and her legend*, Pittsburgh, 1948 [09941]<sup>54</sup>.

MATERIAL DE CONSULTA, DICCIONARIOS, MANUALES, ETC.

- ALEXANDRE, G., *Dictionnaire français-grec*, Paris, 1935 [11750].  
 BAILLY, M. A., *Dictionnaire grec-français*, Paris, 1928<sup>9</sup> [06526].  
 \* CROISSET, A., *Histoire de la littérature grecque*, Paris, 1913 [10053].  
 ERNEST, A., *Lexicon Graecum manuale*, Londini, 1790 [22044].

- \* GEHRING, A., *Index Homericus*, Leipzig, 1891.
- \* GUTHRIE, W. K., *The Greeks and their gods*, London, 1950 [09881].
- HADAS, M., *A history of Greek literature*, New York, 1950 [09826].
- JEBB, R. C. *Greek literature*, London, 1932 [09874].
- KROLL, W., *Historia de la filología clásica*, Barcelona, 1928 [10011].
- \* LAURAND, L., *Manuel des études grecques et latines*, Paris, 1924 [10216].
- LEJEUNE, M., *Traité de phonétique historique de la langue grecque*, Paris, 1947 [21235].
- MEILLET, A., *Introduction à l'étude comparative des langues indo-européennes*, Paris, 1903 [08553].
- \* MURRAY, G., *The literature of ancient Greece*, Chicago, 1956 [10033].
- \* NILSSON, M. P., *A history of Greek religion*, Oxford, 1925 [09820].
- \* PRENDERGAST, L., *A complete concordance to the Iliad of Homer*, London, 1975.
- \* REINACH, S., *Manuel de philologie*, Paris, 1884 [09955].
- \* ROSE, H. J., *A handbook of Greek literature*, London, 1950 [10133].
- \* SANDYS, J. E., *A history of classical scholarship*, London-Cambridge, 1906 [09872].
- \* WRIGHT, F. A., *A history of later Greek literature*, London, 1932 [09920].

